



LUIS AUGUSTO CUERVO

DISCURSOS

EDITORIAL MINERVA - BOGOTÁ

Copia

Parte I, Publicaciones de la
Academia.

de antes

DISCURSOS



OBRAS

DE

LUIS AUGUSTO CUERVO

(Miembro de número de la *Academia Colombiana de Historia*; Correspondiente de la *Real Academia de la Historia* de Madrid y de las *Academias de Historia* de Venezuela, Ecuador y Cuba; del *Instituto Histórico y Geográfico* del Uruguay; de la *Sociedad de Americanistas* de París; Director de la *Revista de la Sociedad Boliviana de Colombia* y Redactor del *Boletín de Historia y Antigüedades*, etc. etc. etc.).

EPISTOLARIO DEL DOCTOR RUFINO CUERVO, 3 volúmenes.
APUNTES HISTORIALES.

EDICIONES ESPECIALES:

LA MONARQUÍA EN COLOMBIA.
AMORES DE BOLÍVAR.
LOS EMIGRADOS DE 1819.

EN COLABORACION CON R. CORTAZAR:

CONGRESO DE ANGOSTURA.
CONGRESO DE CÚCUTA.
CONGRESO DE 1823.

LUIS AUGUSTO CUERVO

DISCURSOS



1927 - EDITORIAL MINERVA - BOGOTA

ADVERTENCIA

UN sentimiento muy humano, quizás no libre de un poco de egoísmo, me ha hecho coleccionar en un pequeño volumen estos DISCURSOS. Es un homenaje que tribulo a las personas que me confiaron su voz en momentos solemnes, y a las cuales me ligan estrechos vínculos de amistad y de respeto. Quiero en esta forma honrar nombres desaparecidos aunque no olvidados, y hacer el elogio de corporaciones que son auténtico timbre de orgullo para la República y venerable blasón de nuestras más puras glorias.

No figuran aquí discursos políticos. Ellos, concebidos en la rapidez vertiginosa del momento oportuno, pronunciados a impulsos de luchas doctrinarias, tuvieron su actualidad y a veces su éxito en la hora en que se dijeron, al calor de las pasiones de partido, perdiéndose luego entre las sombras de nuestra oratoria parlamentaria y democrática. Por eso no hay aquí palabras pronunciadas en la Cámara de Representantes ni en la Asamblea de Cundinamarca; lo que allí dije en distintas ocasiones ajeno a la política, quedó olvidado de todos, hasta de mí mismo, justamente superado por razones más autorizadas y por conceptos más juiciosos. Sin embargo, aún recuerdo mi actuación en el primero de aquellos Cuerpos, cuando se discutía el restablecimiento de la pena de muerte. Fue en 1922. Se creyó que yo apoyaría esta tentativa, obligado por mi credo político y por los antecedentes de mi nombre y el ejemplo de mis mayores. Mas no fue así. Convencido de que esta cuestión de Derecho Penal no pertenece a ningún canon de partido, atacé la reforma y me quedó la satisfacción de que, debido en parte a mi esfuerzo, no prosperó esa tendencia verdaderamente dolo-

rosa e imposible en un país de sistemas penales embrionarios y cuya administración de justicia tiene en ocasiones no raras actuaciones lamentables.

Estos DISCURSOS no tienen mérito alguno literario ; pero, como hijos míos, quiero que salgan al mundo de las Letras para que se les aprecie benévolutamente, ya que sus defectos no son motivo de vergüenza o vituperio. Todos ellos han sido inspirados en un alto amor a la patria y en el deseo sincero de obtener acierto. Sus frases son, sin duda, deficientes en la forma, mas su espíritu he querido saturarlo de justicia y de verdad.

LUIS AUGUSTO CUERVO

Bogotá, julio de 1927.

EN EL CEMENTERIO

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL DOCTOR JOSÉ IGNACIO DE MÁRQUEZ

(7 DE AGOSTO DE 1912)

Señor Presidente de la República, señoras, señores:

La Academia Nacional de Historia, en otras ocasiones siempre acertada, indudablemente se equivocó al designarme para llevar la palabra en la inauguración de este monumento, ofrecido por la Municipalidad de Bogotá a los restos del que en vida fue el Cicerón del Congreso de Cúcuta y el Aristides de la Convención de Ocaña. Si el culto interno que todos rendimos a la memoria de nuestros abuelos puede a veces tener manifestaciones externas dignas de alabanza, que sean ellas el velo que oculte mi incapacidad y deje ver tan sólo la gloriosa magnitud del ilustre patricio colombiano.

El cielo granadino vibraba aún con las dianas de Gámeza y Pantano de Vargas; con los fuegos de Bonza y Boyacá; en los hombres de esas jornadas se adivinaba todavía la huella de honrosos sacrificios; la bandera nacional, rota por las balas españolas, tremolaba alegre sobre los cañones de la República; la libertad surgía triunfante de entre montones de cadáveres, cual si quisiera enseñarnos a amar la Patria en el campo mismo de su destrucción. Colombia nacía libre, defendida por el brazo de los libertadores; Bolívar fue su padre; el doctor Márquez fue uno de sus maestros.

Hombre netamente civil, Márquez, con sus manos, modeló la entonces incipiente legislación colombiana. Su pluma, cual glorioso cincel de épocas ya muertas, dio forma al gigan-

tesco bloque marmóreo de la República, aún medio oculto en las almas de Nariño y de Camilo Torres, enrojecido por la sangre de Caldas y de Rodríguez Torices, y fecundado por el cerebro del doctor Márquez, quien supo modelarlo bajo el golpe formidable de la idea. Su voz hizo temblar los gruesos paredones de la iglesia del Rosario, al discutirse la Constitución del año 21; tuvo rumores de ola embravecida en la Convención de Ocaña; fue serena cuando al disolverse la Gran Colombia hubo necesidad de encauzar las pasiones y de dictar la Ley Fundamental del Estado de la Nueva Granada.

En el Congreso de Cúcuta tocó al doctor Márquez, como Presidente del Cuerpo Soberano, dar posesión a Bolívar del puesto más alto en el Gobierno de la República. Parecía que si ya la victoria había coronado al Libertador con los laureles de la guerra, quería que el doctor Márquez, casi un adolescente, lo coronara con la oliva de la paz. Fue entonces cuando de los labios del hijo de la gloria se desprendieron estas palabras, al jurar cumplir las leyes:

«La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea: es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer sobre la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y éste debe ser el último de mi poder, porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido a Colombia, y porque no puede haber República donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades. Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno popular; es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de Ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes».

Como Vicepresidente de la Nueva Granada, Encargado del Poder Ejecutivo, cupo en suerte al doctor Márquez gobernarla en el difícil período de transición a Estado independiente. El nuevo edificio político se sustentó sobre bases sólidas

y estables, la principal de las cuales fue el plan orgánico de Hacienda, sin cuyos fundamentos no hubiera podido levantarse el crédito público, y que organizó, de manera definitiva, las complicaciones en los negocios del país.

La presidencia del doctor Márquez hizo más profundo el antiguo rompimiento que existía entre éste y Santander. *El Argos*, periódico redactado por varios amigos del Presidente, entre los cuales se hallaban buenos escritores, sostenía con brío los actos de la Administración y contestaba las censuras que desde *La Bandera Nacional* hacían al Gobierno Santander y sus amigos. Se criticó entonces al doctor Márquez el hecho de que gobernaba demasiado, queriendo reglamentarlo todo, de donde emanaban innumerables contrariedades y tropiezos. En este quizá el único cargo razonable que puede hacerse al probo Magistrado de esos tiempos de violentas y absurdas revoluciones políticas, de transformaciones inevitables, en las cuales germinaba ya la semilla fecunda del pensamiento nacional.

En el día de hoy, aniversario de una gran fecha, el glorioso sol de Boyacá rompe sus rayos allá, en la tumba de Santander, sobre la espada del guerrero; aquí, en el sepulcro de Márquez, sobre la pluma del legislador.

EN EL TEATRO DE COLÓN

FUNCIÓN DE GALA EN HONOR DE LA EMBAJADA BRITÁNICA

(9 DE AGOSTO DE 1918)

Excelentísimo señor Presidente de la República, señores Embajadores de Inglaterra, señores Enviados Especiales, señoras, señores:

MUY nobles damas, organizadoras de este homenaje, han querido que venga yo esta noche a rendir tributo de admiración y de cariño a la patria de Shakespeare. He aceptado tan altísimo encargo, y a vosotros pido olvidéis por un instante la pequeñez de quien os habla, para ver tan sólo la gloriosa magnitud de la nación a quien se honra.

Hace dos días celebró Bogotá el aniversario del triunfo de la República, en Boyacá, sobre los tercios españoles. Los soldados de Bolívar, en esa acción, ganaron para la América hasta entonces española el gorro frigio y la rama de laurel, símbolos de gloria y libertad. Todo un continente se estremeció al ruido de las dianas vencedoras, y el mar de Allante llevó hasta las playas de Albión el eco de esa victoria, cuya también por el esfuerzo de algunos de sus hijos. Hoy, cuando está a cumplirse un siglo del hecho memorable y en momentos en que nuestra ciudad, la muy noble y muy leal, recibe la visita de ilustres enviados del rey Jorge V, rindamos un tributo de gratitud a esos extranjeros que con su valor nos ayudaron a establecer nuestra nacionalidad. Ellos, como los antiguos latinos al fundar a Roma, trajeron entre sus manos un puñado de la tierra que los vio nacer, y después del recio batallar la regaron sobre las charcas de sangre patriota, de-

rramada generosamente. De allí nacieron nuevos gérmenes libertadores y nuevas aspiraciones para el bién de los pueblos.

La historia es una resurrección. Pero, para resucitar un pasado oculto en brumas, no basta conocerlo; es necesario haberlo visto con los ojos del espíritu y revivirlo al calor de la imaginación y el sentimiento. Sólo así podremos llevar luz a las tinieblas del ayer, y nacerán entonces, a la vida del recuerdo, detalles remotos que se creían olvidados, tal como un simple brochazo de Rembrandt hacía surgir del lienzo la figura cadavérica de un Cristo. Evoquemos, pues, por un momento, las sombras venerandas de esos hijos de la Gran Bretaña que vinieron a nuestro suelo a guerrear al lado de Bolívar y de Sucre, de Santander y de Córdoba.

Es en junio de 1819. En las llanuras orientales de la Nueva Granada los soldados de Bolívar—unos cuantos granadinos y un grupo de militares ingleses—discuten el paso de los Andes y temen superar en penalidades a los que con Aníbal y con Bonaparte habían efectuado el paso de los Alpes. Hambreados, envueltos en harapos gloriosos, juran conquistar esa República que hasta entonces sólo existía en sus mentes y en la punta de sus lanzas. Unos pocos, que sintieron vacilar no su brazo más si sus corazones, dudaron del éxito del intento y quisieron volver atrás. Fue entonces cuando el Jefe de la Legión Británica, el Coronel Rook, dijo a Bolívar con todo el entusiasmo de un convencido:

—Yo, mi General, seguiré a Vuestra Excelencia hasta más allá del Cabo de Hornos, si fuere necesario.

Un mes más tarde, en el Pantano de Vargas, una bala realista arrancó uno de los brazos del noble Rook. El inglés lo tomó con la mano que le quedaba sana, y levantándolo sobre su cabeza a modo de bandera trágica y gloriosa, gritó en un arranque de dolor y patriotismo: *¡Viva Colombia!* Pocas horas después el Jefe de la Legión Británica había muerto.

El paso de los Andes fue empresa de titanes. Al calor sofocante de la llanura sin límites sucedieron los picachos envueltos en neblina y las alturas eternamente blancas. Ingleses

EN EL TEATRO DE COLON

SEGUNDO CENTENARIO DE LA MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, Y VIGESIMO QUINTO ANIVERSARIO DE LA LLEGADA DE LOS HERMANOS CRISTIANOS A BOGOTA

16 DE JULIO DE 1919

Reverendos Hermanos, señoras, señores:

LOS antiguos discípulos de los Hermanos Cristianos me han hecho el alto honor de designarme para llevar su voz en esta velada, en la celebración de las Bodas de Plata de los hijos de San Juan Bautista de La Salle, e interpretar los sentimientos de los que en tiempos más o menos lejanos fuimos sus alumnos. Tarea es ésta poco complicada y difícil, simpática por su fin y harto obligatoria por su trascendencia, pues siempre ha tenido la gratitud amplios horizontes y fáciles perspectivas en el erial del corazón humano.

Hace muchos años, era yo muy niño, fui estudiante de los Hermanos Cristianos. Fue en un colegio situado a la orilla del mar, con anchos campos de deporte y hermosas aulas para el estudio. Allá aprendí las primeras letras, principé a conocer mis derechos y obligaciones, se formaron en mi cerebro ideas de bien y de verdad. Después, al regresar a la Patria que se ahogaba en la sangre de sus hijos, que desfallecía de dolor y de vergüenza por una traición monstruosa, volví a ser discípulo de los Hermanos. Las nociones elementales aprendidas entre los juegos de antaño, principiaron a hacer fuerte raigambre; los débiles principios de antes tomaron ancho curso impulsados por la labor civilizadora del maestro; a las oscuridades de otros días sucedieron claridades de aurora, presagio

fiel de tranquilidad y bienandanza. Permitid que al rememorar esa época ofrezca el incienso de mi gratitud a la memoria veneranda del Hermano Luis Gonzaga, sabio y bueno, dulce como su homónimo el Mantuano, y fiel a su tarea docente, a la usanza de otros tiempos de sacrificios y constancias. Conserveemos su recuerdo, que siempre él será ejemplo vivo de patriotismo, de sabiduría y de virtud.

Es la educacion del niño la empresa más noble que pueda intentar un corazón experto. Abrirle los ojos a la luz de la verdad; guiarlo con mano firme por las escabrosidades de la vida; hacerlo, en fin, buen ciudadano, tal la labor que en 1680 impuso a sus sucesores el humilde Canónigo de la catedral de Reims. El árbol corpulento cuyas hojas principian a secarse implica menos cuidados que la semilla que revienta al calentarla el sol; el anciano que se inclina en busca de la tierra que ha de guardar sus huesos, conoce ya lo que la mirada del niño apenas adivina en el azul del cielo. Por eso para éste hay más cariño y más consideraciones, menos indiferencias y descuidos. El uno se aleja en busca de otros mundos, con una carga de pesadumbres a la espalda; el otro viene sonriente, con el dardo del amor aún entre las manos.

Como todo reformador, Juan Bautista de La Salle tuvo resistencias y oposiciones. Precursor inspirado y modesto, conoció las necesidades pedagógicas de los tiempos modernos. Cambió de raíz los métodos de instrucción usados hasta entonces, teniendo en cuenta siempre que el desarrollo intelectual aislado de la educación religiosa es principio de orgullo y de egoísmo, y por consiguiente peligroso para la sociedad. Aunó esas dos fuerzas y sentó las bases de su reforma. Al método individual practicado por los maestros de fines del siglo XVI, sucedió la enseñanza colectiva y simultánea, agrupando en una misma clase alumnos de iguales capacidades. Hubo protestas, pero ellas no pudieron contener esos cambios necesarios en ciertos momentos de la historia, cuando las transformaciones de la vida toman ante nuestras existencias efímeras los aspectos de una catástrofe.

Lentamente, con la persistencia del agua que socava la roca, su doctrina se difundió por el mundo. Todas las religiones la aceptaron, todos los hombres la aplaudieron. Su tarea educativa logró frutos bajo las más variadas tendencias, tanto en las vecindades de las mezquitas mahometanas como a la sombra de las iglesias protestantes; lo mismo entre los adoradores de Buda que en medio a las tribus aguerridas del centro de África. Y no podía ser de otro modo! Su enseñanza era dulce y era cariño; era caridad y amor a la niñez. Cuando las escuelas materialistas de entonces olvidaban al espíritu para sólo acordarse de las necesidades de la raza; cuando la filosofía tomaba impulsos que imitaban los errores de las épocas paganas; cuando parecía soplar por el mundo un hálito de indiferentismo moral, entonces aparecieron los hermanos de las escuelas cristianas con sana simiente intelectual para la juventud, activos y emprendedores, con sus amplios mantos negros, con los cuales dan calor de hogar al huérfano, abrigo al menesteroso, consuelo y protección al desgraciado.

En Colombia, ellos han hecho labor de verdadero progreso. Seis mil quinientos estudiantes reciben hoy educación en sus planteles, y su influencia se nota con igual brillo en el clero, en las artes y en las carreras liberales. Mas no ha sido esta su única tarea. Convencidos de que poco vale la intelectualidad de un país si ella no ha tenido manifestaciones materiales y prácticas; seguros de que el adelanto de las tierras nuevas depende, más que de las disertaciones teóricas a que somos tan dados, de la feliz aplicación de las matemáticas y la mecánica; aferrados a la idea de que el arado y el caballo de vapor hacen más bién a las colectividades en formación que los muchos versos de un poema, los Hermanos no han descuidado en sus granjas los campos de experimentación ni en sus casas los talleres para las máquinas. Viendo sus trabajos de horticultura y estudiando sus textos sobre el cultivo de las plantas, se pregunta uno por qué no son ellos los directores de ciertas escuelas agronómicas, cuyos resultados no corresponden a los gastos que esos establecimientos demandan.

Hace apenas cinco lustros que llegaron a la ciudad de Quesada los Hermanos Cristianos. En tan corto espacio de tiempo, apenas suficiente entre nosotros para iniciar una fundación, ellos han creado escuelas y colegios que abarcan todos los ramos de la actividad humana. Desde la modesta casa para educar gratuitamente al hijo del obrero, hasta los Institutos de Artes y Oficios que dan conocimientos científicos en electricidad, química, arquitectura y ornamentación, en toda esa vasta empresa se palpa el espíritu del Fundador, que quiso que sus continuadores se alejaran de la vida contemplativa para cumplir las palabras de Jesucristo: «Dejad a los niños que vengan a mí».

El colegio de La Salle, sin duda el mejor entre sus similares, está construido sobre planos modernos y de acuerdo con las exigencias de la higiene. Desde sus azoteas divisa la vista toda la hermosa Sabana; se ven diminutas las corrientes de agua que fertilizan los campos; se adivina entre el verdor de los sauces la humilde torre de la iglesia parroquial o el penacho de humo de un tren que se aleja. Desde su altura, ese colegio parece un símbolo que domina la ciudad estudiosa y progresista.

La institución de los Hermanos Cristianos nació bajo la égida de los santuarios de San Remy, lugar de veneración para el mundo católico por los recuerdos que guarda de Santa Clotilde y por ser allí en donde la doncella de Orleans hizo consagrar a Carlos el victorioso. Perseguida en sus principios por el jansenismo que imperaba en Francia; atacada por los que veían en ella competidores irreductibles por la fuerza de su credo, la obra triunfó sobre los intereses bastardos de unos pocos, sostenida por la fuerza tumultosa y avasalladora de la democracia, que hallaba en ella la perfecta aplicación evangélica de los deberes sociales y de la fraternidad cristiana.

Bien hacen los alumnos de los Hermanos de las escuelas de Cristo, en Bogotá, en marcar con piedra blanca el día de su llegada. Hoy, al lado de los hijos de San Juan Bautista que celebran el triunfo de la Francia inmortal, hay también mu-

chos que esperan con orgullo los festejos centenarios del 7 de agosto de 1819. En el corazón de todos palpita la misma fibra patriótica, el mismo sentimiento de amor a Colombia y a sus libertadores, las mismas esperanzas por el progreso y bienestar de nuestro suelo. Los unos hablan con gloria de las proezas de los de su sangre, defendiendo la ciudad de Juana de Arco o los manuscritos y obras de arte de Lovaina; los otros recuerdan con entusiasmo el Cabildo abierto de 1810 y las penalidades del paso de los Andes. Todos merecen el elogio de León XIII: «son dignos de la Religión y de la Patria».

EN GUADALUPE

INAUGURACIÓN DEL PRIMER KILÓMETRO DE CARRETERA QUE
DE BOGOTÁ CONDUCE A LA CIMA DEL CERRO

(19 DE JULIO DE 1919)

Señoras, señores:

[UE en un hermoso día de agosto del año de 1538, en Teusaquillo. Varios soldados de Quesada, que al descansar de las fatigas del viaje al través de selvas y de ríos, sentían renacer en sus corazones impulsos hacia nuevas aventuras, organizaron una excursión a los cerros que dominaban la recién fundada ciudad por el oriente. Principiaron a subir por entre un bosque espesísimo de robles, cruzado por riachuelos de aguas cristalinas que se rompían en las piedras del cauce, en cuyas márgenes reventaban besadas por la espuma las flores de una vegetación exuberante. Aves de variados plumajes se ocultaban al paso de los exploradores entre las hojas de los laureles perfumados, y ciervos de enormes cornamentas huían a lo más abrupto de las rocas que dominaban la cima. A medida que subían, los exploradores contemplaban paisajes que traían a su memoria recuerdos de su lejana tierra española, de las vegas de Granada con su sierra de la Elvira y su collado desde donde Boabdil «llorara como mujer lo que como hombre no supo defender».

Al pisar la altura, los conquistadores vieron a sus pies tierras fértiles cruzadas por grandes corrientes de agua; divisaron los primeros caseríos de Suba, Bojacá y Engativá, humildes y medrosos, y llegó hasta sus oídos, llevada por el viento, la vocinglería de los súbditos de Carlos V que fundaban en la

base del cerro la villa de Santafé de Bogotá. Antes de emprender el descenso, esos soldados plantaron en lo más alto una gran cruz de madera, que simbolizaba todos sus sentimientos de cristianos viejos y sencillos, poco amigos de complicaciones teológicas ni de indiferentismos religiosos.

Principiaron a pasar los años sobre la ciudad de don Gonzalo Jiménez de Quesada. La fundación iniciada por el adelantado en un delirio de caballero andante, fue tomando fuerza impulsada por la religión que él había traído; las doce modestas casas del 6 de agosto fueron reemplazadas por más amplios edificios para conventos y despachos del Gobierno real; a la doctrina que se enseñaba a los indios del Humilladero sucedieron las prédicas de Semana Santa en las capillas de Egipto y de Belén; la población aumentaba en gentes y en necesidades, florecía lenta pero seguramente bajo el amparo progresista de Presidentes y de Oidores.

Llegó por fin el año de 1656 y el día 8 de septiembre. En esa fecha se cambió el modesto signo de nuestra Redención que clavaran en la cima del cerro los Conquistadores, por una ermita en la cual se colocó una imagen de la Virgen de Guadalupe, llevada allí en solemne peregrinación por la Audiencia, el Cabildo Eclesiástico y el Ayuntamiento. Un siglo más tarde un terremoto dió con ella en tierra, y sus ruinas fueron visitadas por don José Celestino Mutis. Refiere el sabio que a las dos y media de la tarde de un día de febrero de 1762 emprendió a pie el ascenso a Guadalupe, acompañado de un criado que llevaba los elementos necesarios para hacer algunas observaciones barométricas. Ya al anochecer, coronó Mutis la altura, y cuenta que nunca vieron sus ojos crepúsculo más hermoso que el de esa tarde, ni paisaje más amplio y poético que el que desde allí se contemplaba.

Se reconstruyó la ermita, volvió a caer por nuevos movimientos sísmicos, y en breve se levantará allí soberbio monumento a la Madre de Dios. La idea, apenas esbozada, toma fuerza e incremento apoyada por un grupo de damas y caballeros presididos por un progresista sacerdote, quien no agota

medios para realizar la obra. El primer trayecto de carretera que hoy inauguramos, debido a esfuerzos continuos y casi heroicos, sin recursos oficiales y con la ayuda única de la caridad particular, es ejemplo de constancia en sus iniciadores y de energía y fe en los que lo ejecutan. Cuando las corporaciones municipales y de mejoras consideren la obra que se proyecta y vean lo que ya hay de ella trabajado, vendrá entonces, sin duda, su valioso apoyo para poder en no lejano día coronar la cima. Tendrá entonces la ciudad su más hermoso paseo, y la Virgen de Guadalupe un santuario digno de la religiosidad del pueblo bogotano.

Son nuestros desdichados presidiarios quienes hasta ahora han contribuido con su trabajo en esta empresa. Ellos, que en una hora negra de ya distante día se olvidaron de Dios, purifican hoy sus manos construyendo el camino que ha de llevar al santuario de la Virgen. A medida que avanzan en su tarea, va llegando a sus corazones el perdón de su falta y en sus conciencias alumbran nuevos soles de esperanza. Y cuando terminen la subida y lleguen a la cumbre, ellos, los desgraciados, los pobres, los que tenían ante sus ojos horizontes tenebrosos, clavarán sus azadas en lo más alto, como lo hicieron antes con la Cruz los conquistadores, y llegará a sus almas paz y consuelo. Volverán entonces las alegrías de antaño; habrá otra vez chisporrotear de leños en el disperso hogar, risas infantiles que saludan al que vuelve, flores y luces ante el altar de la iglesia del poblado.

Señores: En mi doble carácter de miembro del Cabildo y de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, felicito muy efusivamente a la Junta encargada de levantar un monumento a la Virgen de Guadalupe, por la terminación del primer kilómetro de esta carretera; hago sinceros votos porque la obra continúe sin mayores dificultades, y confío en que las entidades interesadas en el progreso de la ciudad, le prestarán eficaz apoyo.

EN EL CONSEJO MUNICIPAL DE TUNJA

EN REPRESENTACIÓN DE LAS ACADEMIAS DE HISTORIA DE
COLOMBIA Y VENEZUELA Y EN NOMBRE DE LA MUNICIPALIDAD DE BOGOTÁ.

(7 DE AGOSTO DE 1919)

Señor Gobernador del Departamento, honorables concejales:

HACE pocos días una comisión del Ayuntamiento de Bogotá tuvo el honor de presentaros un saludo cordial y patriótico, uniéndose de corazón a vosotros en las festividades con que el país entero celebra el primer centenario de su independencia, nacida en los aledaños del Municipio que dignamente representáis. Hoy tornan a vuestra ciudad nuevos delegados del pueblo bogotano a traeros esculpido en bronce un recuerdo de amistad y un homenaje de gratitud.

En la fecha inmortal que hemos conmemorado, corresponden a Tunja muchos de los laureles que la Nación ofrenda a los manes de los libertadores. Las campanas de sus torres rompieron los aires al saludar las huestes republicanas que llegaban vencedoras de Pantano de Vargas, y manos de mujer ofrendaron flores a los que envueltos en harapos gloriosos se lanzaban tras la libertad y la victoria. Llegaron ellos, hambreados, casi desnudos, con sólo una lanza entre las manos y ante sus ojos el iris de Colombia, que ondearía envuelto en bruma sobre las márgenes del río Teatinos. Atrás hablan quedado, en las cimas más altas de los Andes, los huesos del compañero que sólo supo de las penalidades de la empresa, pero no de sus gajes y compensaciones; y más lejos aún, en la medrosa soledad de las llanuras orien-

tales, quedaron los más puros afectos y las más dulces ilusiones, los consejos del padre y la oración de la anciana que bendice al hijo, el llanto de la esposa, risas infantiles, pañuelos blancos que ondean al viento....

Fue el paso de los Andes acción digna de ser cantada por Homero. Bajo el calor sofocante de la planicie sin límites, en medio a la miseria de un caserío llanero, los soldados de Bolívar resolvieron transmontar la cordillera para caer en tierras granadinas. Al bochorno de la estepa, a los torrentes formidables y bravíos, suceden los picachos envueltos en neblina y las alturas eternamente frías. La ventisca azota la espalda desnuda del llanero, y la nieve cubre los cuerpos sin vida de los que se van quedando.

Un día, cuando ya principiaban a flaquear los brazos, mas no los corazones, dominaron la cumbre los libertadores y cayeron en carrera de centauros sobre las tierras inmortales. Llegaron a Tunja,

*....la antigua y noble villa
Patria del Zaque y tumba de Rendón.
Con su aire puro y su brillante cielo,
Sus altas torres que ilumina el sol.*

Aquí encontraron los héroes nuevo aliento y nuevas esperanzas. Su constancia se avivó al recuerdo de Joaquín Camacho, que había muerto en defensa de los mismos ideales que ahora principiaban a realizarse, y su entusiasmo se fortaleció al impulso generoso de este pueblo, patriota siempre, listo a sacrificar su sangre en aras de la Patria.

¡Tunja! La ciudad de emocionantes reminiscencias españolas y de grandes recuerdos en la época de la República, guarda perenne para sus hijos una aureola de gloria y un fresco gajo de laurel para los que triunfaron en la épica jornada. En su ambiente se respira aún la sabiduría que inspirara un día a Sor Josefa de Castillo, hermana por el cerebro y por el corazón de la Santa de Avila, y en la penumbra misteriosa de los paredones coloniales parece que

Satán jugara con los nervios del buen padre Miguel de los Angeles. Por sus calles, en altas horas de la noche, aún semeja vagar la sombra de doña Inés de Hinojosa, que busca el sepulcro del marido asesinado, y se escucha a veces, cuando calla el viento, el chocar de las espadas de Juan Voto y de don Pedro de Rivera.

El Pozo de Donato, en donde el indio guardara sus fabulosas riquezas, y *Los Cojines*, que sirvieron para que adorara al Sol el gran Quimuinchatocha, dan a la leyenda ricos veneros, que principian a explotarse. Fue esa una época feliz, tranquila y oscura, interrumpida de pronto por el piafar de los caballos de los conquistadores. Fundaron ciudades ellos, destruyendo humildes caseríos; abrieron veredas sin respetar el labrantío del indígena; mataron y robaron para castigar honradas defensas, y en nombre de su Rey atropellaron todo derecho y conculcaron todas las garantías.

Pasaron los días sobre las colonias, y con la aurora de cada año nacieron para los americanos mayores humillaciones y nuevas esclavitudes. El alma de los criollos principió entonces a despertar. Una mañana en el Socorro, una mujer rompe los edictos reales y entusiasma con su acción a los Comuneros; y al fin estalla la revolución desde los balcones del Cabildo de Santafé de Bogotá, el 20 de julio de 1810. Ese alzamiento, génesis de nuestra independencia, tuvo glorioso final en la batalla del 7 de agosto de 1819. Los libertadores terminaron la obra de los mártires, y éstos, menos afortunados, dieron su sangre a la libertad sin ver el fruto de sus desvelos.

La celebración de este centenario, digna de los próceres a quienes se dedica, está diciendo a la Nación colombiana cuán ciertas fueron las palabras del Padre Choquehuanca: «¡Bolívar! Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crecen las sombras cuando el sol declina».

Honorables concejales:

Cumplo con el alto encargo de hacerlos formal entrega, en nombre de mis compañeros de Comisión, de la placa de

bronce que, como homenaje a los libertadores de Boyacá, ofrece la ciudad de Gonzalo Jiménez de Quesada a la ciudad de Gonzalo Suárez Rendón. Ella os dice de la amistad del pueblo bogotano y os trae un voto sincero por la prosperidad de vuestro Municipio.

Recibid también el saludo de gloria que os envían por mi conducto las Academias de Historia de Colombia y Venezuela; los laureles que ellas os ofrendan enlazan en recuerdo único los nombres de Anzoátegui y de Santander, y forman un solo haz de verdes hojas para la frente del Libertador. A todos ellos el homenaje de la inmortalidad.

EN EL CEMENTERIO

ENTIERRO DEL DÓCTOR JULIO GARAVITO

(12 DE MARZO DE 1920)

Señores:

CUMPLO con la dolorosa obligación de despedir de entre los vivos, en nombre de la Municipalidad de Bogotá, al doctor JULIO GARAVITO ARMERO. Ocupó él asiento en nuestro Cabildo en no lejano tiempo, y su sabiduría fue factor decisivo en el progreso de la ciudad.

Encerrado en el Observatorio Astronómico que en un día de mayo de 1802 inaugurara don José Celestino Mutis,—primer templo erigido a Urania en el nuevo continente,—continuó el doctor Garavito las observaciones y cálculos que un siglo antes principiara el sabio colonial, y con los mismos instrumentos que antaño ofreciera don José Ignacio de Pombo, escudriñó los cielos, robó a la luz sus más recónditos secretos y sorprendió en la luna fenómenos hasta entonces ignorados. Viajó por los espacios en busca de la verdad, que es la ciencia, y enamorado de una estrella huyó de entre nosotros para ser astro de primera magnitud en el horizonte colombiano.

Cuenta Flammarión en uno de sus libros la peregrinación de un rayo de luz al través del infinito. Desprendido de una lejana constelación en tiempos remotísimos, cruza el éter en millares de años para alumbrar al fin en la tierra los acontecimientos del presente. Tal parece que el cerebro de Caldas, el sabio mártir de 1816, convertido en átomo brillante hubiera recorrido nuestro hemisferio durante una centuria y

fijado su luz en la inteligencia del varón eximio que hoy tiende el vuelo hacia las regiones que tanto amó.

Como auténtico hombre superior tuvo el doctor Garavito en grado máximo la virtud de la modestia. Alejado del bullicio social que entorpecía sus investigaciones; ajeno a los torneos de la política mezquina, se dedicó nuestro sabio al perfeccionamiento de su espíritu, que recorrió el infinito en busca del bien bajo la mirada de Dios.

Ayer fue Zerda, el anciano venerable olvidado de la República, a quien siempre sirvió desde la más alta cátedra de la ciencia; hoy es Garavito, joven todavía en el cuerpo y en el alma, que honró a la Patria desde la adolescencia y a quien ésta rinde en muerte los homenajes que en vida le discutiera. Tienen nuestras democracias instintivo temor a reconocer el mérito de sus hijos, como si la sabiduría no fuera poderoso sostén de toda institución republicana.

A la edad de once años calcula el doctor Garavito su primer almanaque y precisa un eclipse de sol. Todavía dentro de la menor edad obtiene diploma de ingeniero y ese mismo día se posesiona del puesto de Director del Observatorio Astronómico, cuna de la Independencia en 1809, en donde so pretexto de adelantar estudios siderales conspiraban contra la monarquía Camilo Torres y José Acevedo, Nariño y Caycedo y Flórez, Baraya y Joaquín Ricaurte. Allí quedó la simiente libertadora cultivada por Joaquín Acosta a mediados del siglo XIX, y hoy en completo desarrollo por el noble ingerto de sabiduría y patriotismo que le diera el doctor Garavito.

Pierde la juventud de Colombia al más noble de sus amigos y al más respetable de sus maestros. En la Facultad de Matemáticas e Ingeniería regentó los cursos de cálculo, mecánica y astronomía, y desde el modesto rincón de su mansión santafereña estimuló con sus lecciones y consejos a todo el que iba allí en pos de la verdad. Fue profesor de profesores, sabio entre los sabios, humilde y pobre de bienes materiales, con un corazón tan grande como su sabiduría. No

conoció el egoísmo, ni la envidia, ni el rencor. Llevó el nombre de la patria envuelto en la aureola que da la ciencia, a la Sociedad belga de astronomía, a la Sociedad astronómica de Francia, a las Sociedades geográficas de Lima y de Washington. Sirvió al país con el prestigio de sus hechos, con la fama de los honores a él conferidos, y le deja al morir ejemplo de constancia para sus hijos.

Cuando en breve se levante en este sitio, en mármol, la efigie del sabio, realizada a impulsos de la gratitud nacional, los astros regarán su luz bienhechora sobre el que fue su amigo y confidente, que sorprendió sus secretos y adivinó muchos de sus misterios. Descanse en paz el varón ilustre de los tiempos de Plutarco, honra de la República y gloria de la ciencia.

EN LA ESTACION CENTRAL DEL FERROCARRIL DE LA SABANA

AL ENTREGAR, EN NOMBRE DE LA HONORABLE ASAMBLEA DE
CUNDINAMARCA, UNA TARJETA DE ORO AL EXCELENTÍSIMO
SEÑOR MARCO FIDEL SUÁREZ, PRESIDENTE DE COLOMBIA

(16 DE ABRIL DE 1920)

Excelentísimo señor:

[En nombre de la honorable Asamblea de Cundinamarca, algunos de cuyos miembros os acompañan desde Girardot, tengo el honor de presentaros respetuoso y cordial saludo de bienvenida. El Departamento está de plácemes por vuestro regreso, y se congratula con sus hermanos del sur por el viaje de estudio que en buena hora emprendisteis. Habéis conocido media república, palpado sus progresos y necesidades, y en todos los pueblos visitados se ofreció a vuestro esfuerzo el homenaje sincero de la admiración y del cariño.

Recorristeis la sección del país que guarda mejores recuerdos de gloria en nuestra historia política, y hubo, para avivar vuestra constancia, un Murillo Toro en Ibagué, un Cabal en Buga, un Caicedo y Cuero en Cali, un Torres, un Caldas, un Mosquera en Popayán. En las márgenes del Cauca comprendisteis el alma soñadora que un día inspirara el idilio de *Maria*, y al cruzar la negra montaña de Berruecos tuvo vuestro corazón un resurgimiento de épocas pretéritas y un nuevo estímulo para vuestros ideales, que son los mismos del héroe allí sacrificado. En la frontera ecuatoriana vuestra noción del Derecho y la Justicia sentó las bases de

nuevas tendencias en la política exterior de Colombia, y al tender la vista allende el Carchí, dijisteis a la patria de Olmedo y de Montalvo toda la amistad que para ella guarda la cuna de Santander y de Nariño.

Habéis cumplido con el más alto deber de Magistrado, al querer convenceros personalmente de los efectos de la administración pública en Provincias, dando así ejemplo a vuestros subalternos de interés por el bién de la República y compactando la unidad nacional. Visteis los peligros que pueden algún día amenazar las ricas regiones del Chocó, y vuestro espíritu progresista y patriota dio impulso a las vías férreas del Pacífico.

Merecéis bién de la patria, Excelentísimo señor, por vuestra empresa. De ella espera el país muchos bienes materiales que redundarán en provecho de la colectividad y en honra y satisfacción vuestras. Así lo ha reconocido la honorable Asamblea de Cundinamarca, e interpretando ese sentimiento os ofrece la tarjeta de oro que tengo el honor de poner en vuestras manos, en la cual se compendian la admiración a vuestra perseverancia, el profundo respeto que le inspiráis por vuestros hechos, y el homenaje que ella rinde al Jefe de la Nación, en su regreso a la capital.



EN EL CONSEJO MUNICIPAL DE BOGOTÁ

(20 DE JULIO DE 1920)

Excelentísimo señor Presidente de la República, señores Ministros del Despacho, honorables Concejales:

MÁS que mandato reglamentario es deber de patriotismo la celebración de esta Junta extraordinaria, en el día clásico de nuestra independencia. Las fibras más sensibles del sentimiento vibran a impulsos de ese recuerdo glorioso, y parece que al través del tiempo aún se escuchara en este mismo recinto el verbo revolucionario de Acevedo Gómez, la palabra incendiaria de Camilo Torres o el grito de libertad y de martirio de Joaquín Camacho y de Manuel Bernardo Álvarez, de Antonio Baraya y de Frutos Joaquín Gutiérrez. Diez miembros del Cabildo de 1810 sellaron con su sangre, en 1816, la emancipación de España, y sus nombres, al través de una centuria, son pronunciados por sus sucesores con la veneración que inspira el más alto concepto del sacrificio. Honremos, pues, los manes de esos patricios, haciéndonos dignos continuadores de su obra y de su ejemplo, imitando sus virtudes y fortaleciendo su labor republicana.

Desde hoy inspirará nuestros debates la figura excelsa del Padre de la Patria, cuyo retrato, debido al pincel maestro de Ricardo Acevedo Bernal, inauguramos en el aniversario del día que consagró todos sus sueños emancipadores. No es el Bolívar decepcionado y triste de la conspiración de septiembre y de san Pedro Alejandrino; es el Libertador del año 19, al recibir sobre sus sienes la corona de la victoria. En sus ojos fulgura el rayo de la guerra y su espada parece descansar después de haber partido el sol en Junín y Cara-

bobó; bajo su frente bullen las ideas que habrán de dar buen gobierno a todo un continente. Es el hombre en la culminación de su genio multiforme, guerrero y estadista, legislador y diplomático. Triunfador en mil combates, creador de cinco Repúblicas, adivina ya en el horizonte de medio hemisferio la consagración de su empresa y la apoteosis de su gloria.

El, que siempre acató la herencia española de la autonomía municipal, nos recordará la verdadera historia del Cabildo de Bogotá. Nació con los conquistadores traído de Castilla y Aragón, de Valencia y Cataluña, y en sus orígenes continuó la fórmula de los Regidores aragoneses para saludar al Rey: «Nosotros, cada uno de los cuales vale tanto como vos y todos juntos más que vos». Al fundar la ciudad, después de plantado el árbol de la justicia, Quesada llamó a elecciones de miembros del Cabildo de Santafé, quienes obrando por derecho propio, conforme a uso y costumbre, designaron los empleados municipales. Juan de Padilla y Juan de Lanuza, mártires de la libertad municipal en España, tuvieron antaño aquí sus retratos y presidieron las discusiones de los Regidores coloniales. «Todos los años—dice el famoso jurisconsulto don Juan de Solórzano en su *Política indiana*—deben los vecinos elegir los Regidores de sus Cabildos, y éstos los Jueces, Alcaldes y demás oficios necesarios en tales repúblicas, los cuales se han de proveer en personas capaces y que no tengan impedimento contra el tenor de las leyes y ordenanzas reales».

Fue tal el poder del Cabildo de Santafé, que ante él se inclinaron obedientes Presidentes y Virreyes. Don Juan Fernández de Córdoba, gobernante del Nuevo Reino de Granada en 1650, tuvo que solicitar del Cabildo le sirviera de fiador en el juicio de residencia que se le siguió con el rigor acostumbrado entonces; y el Presidente Diego de Córdoba Lasso de la Vega, en 1710, después de luchas y prisiones, acabó por doblegarse ante la voluntad del Ayuntamiento que le exi-

gía fianza de residencia antes de ausentarse. Tal era el Cabildo de Santafé de Bogotá hace dos centurias.

En 1810 ya habíamos perdido muchas de las antiguas prerrogativas y derechos, debido a las ambiciones de poco escrupulosos Virreyes que violaban la ley amparados por el dicho inventado entonces de «Dios está muy alto, el Rey está muy lejos y yo estoy aquí». Esa fue la causa primordial del célebre Memorial de Agravios de Camilo Torres a la Junta Central de España. En ese documento, admirable por su elocuencia y su justicia, se anunció la «separación eterna» si no se volvía a los antiguos fueros, y en él se formó la opinión revolucionaria que estalló el 20 de julio.

«Se quitaban y se ponían,—dice el Memorial—se aumentaban y se disminuían los Regidores por capricho; se colocaban contra el voto de las ciudades nuevos empleados en los Ayuntamientos; se amenazaban, se multaban, se reducían a la nada los representantes del pueblo, hasta el negarles el esculpir en las monedas que se fundieron para la Jura de Fernando VII las armas de la ciudad, substituyendo en lugar de ellas una cifra ridícula».

Las autoridades de los últimos días de la Colonia violaban, pues, el antiguo derecho del Municipio, pero éste se reveló ante el atropello. Esa fue la independencia. Con la revolución, la ciudad recuperó sus antiguos fueros y la autoridad tradicional volvió a ponerse bajo el amparo del Cabildo, quien fue el depositario de la soberanía regional, influyendo por consiguiente de manera decisiva en la primera Constitución del país. Sin ley electoral, sin el hábito del sufragio, los ciudadanos confiaron todos sus derechos al Ayuntamiento, y éste al calor de la vida nacional que principiaba, fue el centro del movimiento emancipador.

Poco a poco el Cabildo de Bogotá ha vuelto a los tiempos de Amar y Borbón. Su antiguo prestigio quiere aminorarse y de su autonomía apenas queda la protesta contra todo lo que se nos ha quitado. Es necesario reaccionar. La libertad del Municipio está consagrada en el derecho natu-

ral y es por consiguiente una ley inmanente y positiva. Tratemos de recuperar, pues, nuestros antiguos fueros, como el mejor homenaje de veneración y patriotismo que podemos ofrecer a los hombres del Cabildo Abierto de 1810, y como la más clara muestra del respeto que nos inspira el pueblo que nos ha traído a presidir sus destinos.

Excelentísimo señor:

Muy grato es para el Concejo teneros en su recinto. Esta Corporación, que siempre ha admirado vuestras virtudes y respetado con entusiasmo vuestro talento, sabe agradecer el honor que hoy le hacéis con vuestra visita. No hace muchos años ocupó puesto entre nosotros aquel egregio varón, vuestro antecesor en el solio de los Presidentes de Colombia, cuyo clásico elogio hicisteis en tiempo no lejano; hoy cumplís con esa especie de tradición iniciada por Murillo y nos acompañáis en el aniversario del día más glorioso de nuestra historia municipal.

El Concejo bien sabe que con Jefes como vos, respetuosos de la ley y de espíritu amplio y patriota, las libertades del ciudadano están aseguradas y el bienestar y progreso de Bogotá completamente garantizados por el apoyo que siempre habéis prestado a nuestras empresas. Seréis un colaborador eficaz y decisivo en los proyectos que queremos realizar, y vuestro nombre quedará en nuestros anales con todo el prestigio que le dan los servicios que habéis prestado y continuaréis prestando a la Patria.

Recibid, pues, señor, nuestro agradecimiento y la satisfacción con que vemos que lleváis en vuestro pecho, con igual patriotismo y justicia, la banda tricolor de primer mandatario de la República y las armas de la ciudad que en fecha memorable os ofrecimos.

EN EL GUN CLUB

BANQUETE OFRECIDO POR EL CONSEJO MUNICIPAL DE BOGOTÁ AL ALCALDE DON ERNESTO S. DE SANTAMARÍA

(23 DE NOVIEMBRE DE 1920)

Señor Alcalde, Honorables Concejales, señores:

IMPULSADOS por un mismo sentimiento de cordialidad y de entusiasmo, nos reunimos hoy para celebrar un día feliz en los anales de la ciudad. El supremo Gobierno del Departamento, en un momento lúcido de su actuación administrativa y con acierto digno de encomio, ha llamado a desempeñar la Alcaldía de Bogotá a un antiguo compañero de labores legislativas, en cuyo honor hacemos este festejo.

Antaño, cuando el Municipio de Bogotá obedecía a las leyes de don Alfonso el Sabio, los Regidores hacían homenajes suntuosos a sus Alcaldes y proclamaban solemnemente sus nombres y sus servicios. Los Concejales de entonces vestían en esa ocasión el traje de ceremonia, que consistía en casaca y calzón azul, chupa, solapa vuelta; cocarín y forro blanco con bordado de palmas entrelazadas y botones de oro, en los cuales se veía una águila.

Cuando la jura de Carlos IV en Santafé, era Alférez Mayor don Luis de Caicedo y Flórez, quien gozaba del privilegio de llevar el pendón real en las aclamaciones de los reyes y tener voz y voto en los Cabildos y Ayuntamientos, con asiento preeminente, y conservar en ellos la espada al cinto. Había entonces derroche de alegría, repiques de campanas, iluminación general, comedias, bailes y toros. Se reconocía así por la ciudad la competencia del gobernante y se estimulaban sus proyectos y tendencias.

Después de la proclamación de Luis I, los Regidores de Bogotá hicieron paseo ecuestre por las calles en honor de sus Alcaldes, y cuenta un testigo presencial que las herraduras de los caballos eran de plata y que en el banquete de la noche cada invitado llevaba en el ojal de la bordada casaca, en vez del jazmín perfumado, una azucena de oro.

Años después era Regidor Decano del Cabildo de Santafé don Fernando de Benjumea y Mora, quien aprovechando la jura de Fernando VII, quiso dar testimonio de su adhesión al Alcalde con unos magníficos festejos públicos. De estos regocijos dice don José María Caballero en su *Diario*:

«En Santo Domingo, San Francisco y San Agustín botó como tres pesos y los muchachos no se cansaban de dar silbidos al ver la poquedad; decían que un puño de plata regaba y otro se echaba al bolsillo. En cada ocasión se hizo una descarga por las tropas, muy fea, que no valió nada. Se concluyó toda esta función con un famoso refresco que se dio en la casa del Alcalde don Nicolás Rivas, a que asistieron los señores Virreyes; y para el regreso llevaron los faroles don José Acevedo y don Mariano Tovar. Hubo iluminación a cual mejor. La misma noche del refresco se trató, en la misma casa del Alcalde, por don José Acevedo y demás regidores, de recibir de Regidor al Capitán Embajador don Juan José Sanllorente».

El sencillo cronista de la *Patria Boba* no miraba con buenos ojos al Alcalde Benjumea, y quizás su juicio sea un reflejo de la opinión pública de entonces. Don Luis de Calcedo y Flórez, el rumboso Alférez real de los tiempos de Carlos IV, tiene en la historia de Colombia páginas honrosas e impercederas; él firmó el acta de la Independencia de 1810, después de renunciar a sus fueros de Caballero de Carlos III, y dio al país en uno de sus hijos un probo e ilustrado mandatario. Don Fernando de Benjumea, el representante de los Alcaldes ordinarios en la época del Virrey Amar, amigo un tiempo de los patriotas y firmante también del Acta, faltó a sus juramentos republicanos y volvió a figurar

al lado de los peninsulares, para obtener en 1816, de manos de Morillo, el tan anhelado título de Alférez Real de Santafé. El ilustre Caicedo, amante de la ciudad y de su progreso, derrochador de lo propio y avaro con los haberes municipales, debe figurar en la lista de nuestros gobernantes como alto ejemplo de patriotismo y de espíritu público. Benjumea, traidor a sus promesas, quisquilloso e insolente, corto en beneficios y largo en defectos, mereció el desprecio del pueblo y la indiferencia de la historia.

Perdonad esta reminiscencia de tiempos ya remotos, pero con ella he querido demostrar cómo la ciudad de Quesada tuvo siempre en alta estima a los que la sirvieron desde el sílón que un día honrará don Antonio Nariño. Y hoy, al congratularnos como lo hicieran antes nuestros abuelos, sentimos hervir en nuestra sangre el mismo amor de ellos a la casa solariega, idénticos anhelos de bienestar y de progreso, iguales aspiraciones por el engrandecimiento futuro del Municipio. En las lejanías del pasado, Santafé es ya casi un sueño. La civilización, con su cortejo de adelantos y frivolidades, deja ya muy poco de las deliciosas costumbres de los tiempos coloniales. En aras del progreso se rompen murallones centenarios que hablan toda nuestra historia y se destruyen los altares que bendijeron la pasión de nuestros mártires. Día vendrá en que todo será nuevo y las cosas no tendrán qué decir a nuestras almas. Por eso el regocijo nuestro al ver hoy al frente de la Administración Municipal al más digno representante de un apellido que guarda en sí toda una tradición de hidalguía y caballerosidad, netamente españolas.

Señor doctor Santamaría:

En nombre del Concejo de Bogotá y de sus muy dignos empleados, todos deseosos de servirlos, os ofrezco la copa que simboliza en sus burbujas la satisfacción que experimentamos por el honor que se os ha discernido. Ella lleva un abrazo de felicitación para el amigo; un anhelo íntimo por vuestro bienestar, y el deseo constante de que halléis siempre en nosotros colaboradores eficaces para vuestras empresas. Recibid, pues, el

aplauso unánime con que os saludamos en vuestro nuevo cargo, y tened presente que el águila de nuestro escudo ha abierto ya las alas para dar más campo a vuestra iniciativa y ha soltado a vuestros pies las granadas en sazón para que recojáis el fruto.

EN LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DE INSTITUTORAS

(30 DE NOVIEMBRE DE 1923)

Señoras, señores:

El Consejo Directivo de esta Escuela Normal Central de Institutoras me ha hecho el honor de comisionarme para pronunciar el discurso reglamentario en la clausura de estudios del presente año escolar. He aceptado con satisfacción y entusiasmo, y no incurriré en el lugar común de llamarme modesto e incompetente para el buen desempeño de estas disciplinas. Cuando hay en el corazón viejas y arraigadas simpatías por el desarrollo de la instrucción pública; cuando por tradición se está ligado al movimiento instruccionalista que desde los tiempos de don Rufino Cuervo y don Mariano Ospina se agita en claustros y planteles; cuando hay verdadero cariño por esta Escuela Normal, orgullo de la República y modelo de bien obrar para propios y extraños, no puede llamarse incompetente ni tildarse de modesto al dirigir la voz a quienes fueron más que alumnas, compañeras de estudios, o a los que nos han acompañado en la labor docente que nos impusimos al aceptar el cargo de profesores. Vengo, pues, con plena confianza en mí mismo, seguro de que mis palabras, por ser sinceras, hallarán eco de simpatía en los que me escuchan.

Hay actualmente en Colombia un verdadero entusiasmo por el progreso de la instrucción pública. Espíritus bien intencionados, patriotas eximios que sueñan con las futuras grandezas del país, han lanzado ideas y sostenido conceptos en los cuales se desea una renovación fundamental en los mé-

todos de enseñanza y en el sostenimiento de las escuelas; quieren ellos que éntren nuevas fuerzas en nuestra educación y que se implanten entre nosotros muchas de las doctrinas predicadas por el Licenciado Vasconcelos en Méjico o por Nicolás Murray, Presidente de la Universidad de Columbia, en los Estados Unidos del Norte. Quienes esto desean y a esto aspiran parecen olvidar que cada pueblo tiene tendencias y aspiraciones propias, completamente ajenas a elementos extraños, y que en su organización interna todos siguen, antes que el derrotero que señalan otros países quizás más avanzados, la línea que indican su historia y sus tradiciones.

El espíritu de imitación, en nuestra vida política, ha sido en muchas ocasiones de funestas consecuencias. No se había extinguido aún el grito libertador del 20 de julio, y ya muchos de los fundadores de la Patria querían implantar, en lucha sangrienta, el espíritu federal de la nación de Jorge Washington. Y cuando él se estableció tras rudo batallar y principiaron a sentirse sus consecuencias en todas las regiones, pudieron convencerse los patricios que tal medida prohibían, que lo que en el Norte dio opimos frutos, entre nosotros era fuente continua de contiendas y disturbios que impedían el desarrollo de la recién nacida nacionalidad y obstruían su formación política y legal. Aquel ensayo, hecho en los primeros días de nuestra vida independiente colectiva, cuando teniendo luz propia buscábamos claridades extrañas para alumbrar la incertidumbre de nuestros pasos en el mundo, fue un error que años después se repitió con el mismo resultado.

En asuntos de instrucción pública Colombia tiene doctrina propia y antecedentes históricos especiales, y no debe ir fuera de sus fronteras a buscar las reformas necesarias. No olvidemos que somos un país esencialmente católico, de creencias arraigadas y estables, que tienen la firmeza de la lanza que en Teusaquillo clavara un día, en nombre de su Dios y de su Rey, el conquistador Quesada; no olvidemos que las naciones que quieren algunos imitar en materias de edu-

cación, no tienen la misma consistencia y uniformidad religiosas que la nuestra, y que si allá ondea como aquí el pabellón de Cristo, también se agita la bandera de Lutero en sus variadas manifestaciones o la doctrina radical en su más amplio concepto; no olvidemos que nacimos católicos y católicos moriremos, y que nuestra instrucción pública, primaria, secundaria y profesional, tiene como base y fundamento la cruz del mártir del Calvario; y no olvidemos que apartarnos de aquella fe y olvidar aquellos principios, sería negar nuestra sangre, que es la misma que combatió al sarraceno en Lepanto, o traicionar nuestras creencias, alimentadas por siglos con el recuerdo glorioso de la madre España.

Las reformas que necesitamos están ya escritas, y sólo falta el dinero necesario para llevarlas a la práctica. El célebre Plan de Estudios de don Mariano Ospina, en 1842, que corrigió los peligros del elaborado por el general Santander en 1826, fijó clara y precisamente el principio de nuestra transformación escolar. Los estudios clásicos que hasta entonces habían predominado y que tan acres censuras merecieran del arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora, comenzaron a ser sustituidos por las clases prácticas y útiles; los métodos especulativos que dieron «tántos utopistas peligrosos y tántos soñadores dañinos», cedieron el puesto a enseñanzas más de acuerdo con las necesidades del ciudadano y más en consonancia con la riqueza del suelo, que pedía a gritos brazos para la agricultura y la minería.

Pásese la vista por todas las leyes que nuestros congresos han expedido sobre instrucción pública; consúltense las Memorias e Informes de los Ministros del Ramo; léanse las actas del Congreso Pedagógico y las Revistas nacionales especializadas en el asunto, y nos convenceremos que nuestra bibliografía instruccionalista es completa y capaz de ponerse en igual pie a la de los países más adelantados, sin ir como ellos a extremos peligrosos.

Respecto de la mujer, ella recibe en nuestros planteles la

instrucción necesaria para defenderse del mundo y cumplir con sus obligaciones ante Dios y la sociedad. Atejada de las aspiraciones feministas tan en boga en otros países y que la colocan en el mismo puesto del hombre, siendo ella un ser superior por su debilidad y su misión en la tierra, la mujer colombiana ha tenido siempre por norma, como esencia de su educación, el cariño al hogar en sus manifestaciones de madre, esposa e hija, y el fiel cumplimiento de sus deberes religiosos.

En su alma no han tenido albergue las necias pretensiones de la mujer sajona, que lo mismo doma un fiero potro en las estepas del Far-West que ocupa un puesto en el Parlamento británico y discute con el Primer Ministro el desarme universal. Aquellas mujeres, también como las nuestras buenas madres, buenas esposas y buenas hijas, descienden de su puesto y se confunden con el hombre al aceptar funciones que por su naturaleza ruda y abstracta sólo corresponden a éste. La mujer nació para ser dulce y buena, sabia en su sencillez y recta en sus acciones; nació para apaciguar las exageraciones de los hombres y dar a la vida, de suyo agitada y dura, suavidades de seda y frescuras de manantial; nació para ser viento de bonanza y claridad de aurora... Y así son nuestras mujeres. De clara inteligencia y corazón sincero, estudiosas y modestas, ellas son las llamadas a educar a la niñez, campo siempre listo para recibir toda semilla de bondad y de cariño. Ellas, mejor que cualquier hombre, sabrán enseñar al niño sus deberes para con Dios y para con la Patria y modelar su alma en la fina arcilla de sus sentimientos privilegiados. Le dirán, y el futuro ciudadano jamás olvidará esto, que Colombia es también madre amorosa que debemos defender con sangre, si preciso fuere, cuando el intruso quiera romper las puertas de su fe o de su soberanía; le referirán toda nuestra historia, gloriosa y heroica, llena de sacrificios y dolores, con mujeres como la Pola y Antonia Santos, que ofrecieron sus vidas en holocausto a la Libertad, con hombres como Nariño y Camilo Torres, fieles guardianes

del talento y de la rectitud. Esas enseñanzas formarán jóvenes sanos y buenos, útiles al país, y mujeres modelos en la virtud y orgullo del hogar.

Vosotras, las que hoy recibís el título de Maestras, sabréis cumplir con estos preceptos porque así lo habéis aprendido en las enseñanzas de vuestros profesores y en el ejemplo de vuestras directoras, y porque habéis sido educadas en ambientes de paz y de quietud. Mañana principiareis a cumplir con la más alta y más santa misión que encargó Dios a la humanidad: la de la enseñanza. Estáis bien preparadas y saldréis airoso en vuestra empresa; así os lo deseo para bien de la Patria.

EN EL PARQUE DE LOS MARTIRES

A LOS EXCURSIONISTAS ESCOLARES

(11 DE OCTUBRE DE 1925)

Niños de Cundinamarca:

○ S halláis en este momento reunidos en el Parque de los Mártires, la antigua Huerta de Jaime, uno de los lugares más venerables que tiene la capital de la República. Aquí, como en el Parque de Santander, antes llamado plaza de San Francisco; como en la en otro tiempo conocida con el nombre de plaza de San Victorino, hoy de Narifio, en honor del hijo más ilustre de Bogotá; como en la plaza del mercado o de la Constitución, ahora de Bolívar, en memoria del hombre más grande de América, fueron fusilados o ahorcados, en 1816, muchos de los próceres de la Patria. Aquí murieron, defendiendo la libertad de que hoy gozamos y atacando con valor la esclavitud y la tiranía, los fundadores de Colombia. Es este sitio, pues, el altar de la Patria amada, ante el cual debemos descubrirnos con respeto, ya que estos árboles, cuando pequeños, alimentaron sus raíces con tierra aún húmeda en la sangre de aquellos hombres.

Ellos, los mártires de nuestra independencia, también fueron niños como vosotros. Muchos vivieron en los lindos pueblecitos de nuestra Sabana, en Fontibón, Serrezuela o Funza; otros aprendieron a jugar en las alegres orillas del Río Blanco o del Cuja, en Cáqueza, en Choachí, en Fusagasugá; algunos conocieron las primeras letras sombreados por las enormes ceibas de las márgenes del Magdalena o acariciadas sus frentes por los helados vientos de Cruz Verde o Sumapaz; varios

fueron ricos, muchos conocieron la pobreza, todos tuvieron una madre cariñosa que les enseñó a rezar y a conocer sus derechos y deberes.

Así crecieron esos niños, amparados y protegidos por padres ya humildes, ya poderosos, siempre inspirados en el bien común; la mano invisible de Dios los guió en su camino hasta indicarles las degracias de la Patria, que no era libre, que no era soberana. Y al fin llegó el día en que esos niños, ya hombres ilustrados y patriotas, proclamaron la República de Colombia y establecieron las garantías individuales que nos hicieron fuertes para la lucha. Vosotros sois los continuadores de esa obra grandiosa. Estudiad, formamos una conciencia limpia, un corazón puro, y que en vuestros cerebros sólo haya pensamientos generosos e ideas nobles, todas inspiradas en el amor al suelo en que nacisteis. Los mártires de 1816 son vuestros verdaderos maestros en el cumplimiento del deber. Seguid su ejemplo, y ya que hoy, por gracia de Dios, no es necesario derramar nuestra sangre para defender la Patria, tratad de ser ciudadanos honrados, imitándolos en su rectitud y en su carácter.

Mañana, cuando regreséis a vuestros hogares, referid a vuestros padres y hermanos algo de lo que se os ha dicho en estas lecciones de historia. Decidles que hace más de un siglo Colombia llevaba un yugo pesadísimo y fuertes coyundas, como los bueyes que arrastran el arado en las rocerías y a quienes algunos niños sin corazón tratan duramente. Decidles que ese yugo y esas coyundas—la esclavitud y la tiranía—fueron rotos por varios centenares de hombres valientes y patriotas que ofrecieron sus vidas, muchos en este sitio, para que Colombia fuera libre. Decidles que vosotros amáis ahora mucho más a la República, después de haber conocido los sitios históricos que habéis paseado en esta simpática excursión. Decidles que estáis resueltos a ser hombres útiles y sanos de alma, listos a seguir el camino del bien y del honor.

Ya en otras épocas este monumento había sido visitado

por los escolares cundinamarqueses. El 20 de julio de 1872 se celebró con una imponente procesión cívica a este sitio, adornado para el homenaje con arcos, festones, coronas y cuadros alegóricos. El Presidente de la República, doctor Manuel Murillo Toro, colocó la primera piedra de esta monumental columna, y el estruendo del cañón anunció que la nación entera rendía tributo de gratitud a los mártires de su emancipación.

Siete años más tarde, el 4 de marzo de 1880, se inauguró solemnemente este monumento. Mil niños de las escuelas públicas entonaron un canto arreglado por el maestro Sindici, el mismo que después compuso la música de nuestro glorioso himno nacional. El General Julián Trujillo, Presidente entonces de la República, pronunció un magnífico discurso. Y en 1916, para honrar la memoria de los que aquí murieron en 1816, la Academia Nacional de Historia organizó una imponente peregrinación, en la cual fue factor de importancia y simpatía la juventud de nuestras escuelas.

Aquí murieron ahorcados, el 19 de junio de 1816, el Capitán José de la Cruz Contreras, marino y militar valiente; el doctor José Ignacio Vargas, apellidado el *Mocha*; el General José Ramón de Leyva, quien había guerreado en Europa en el bloqueo y sitio de Gibraltar, y a quien Narifio llamó «el virtuoso, el inmortal General Leyva»; el doctor José María Carbonell, alma del 20 de julio de 1810, quien después de ser colgado a la horca fue acibillado a balazos por dar muestras aún de vida. Aquí fueron fusilados el 6 de julio de ese mismo año, el doctor Emigdio Benítez, miembro de la Junta Suprema en 1810 y Gobernador del Socorro; el doctor Crisanto Valenzuela, sabio modesto que sacrificó con su vida toda su fortuna por la Patria; Francisco Javier García Hevia, Vicerrector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; el doctor Miguel de Pombo, miembro de la Expedición Botánica; Jorge Tadeo Lozano, Marqués de San Jorge, quien rompió sus títulos nobiliarios para servir a la República con su ciencia y sus caudales; José Gregorio Gutiérrez,

Procurador del Cabildo, de quien me permitiréis os refiera algo que le sucedió en su camino al cadalso que aquí le esperaba:

Al salir del Colegio del Rosario, ya en el patio, levantó los ojos al cielo en busca de protección, y vio a su padre, recostado contra la baranda del piso alto y quien lo miraba con los ojos llenos de lágrimas; el hijo se arrodilló y recibió la bendición paternal de aquel anciano respetable, que esperaba, también preso, el destierro o la muerte. Aquella bendición reconfortó el ánimo de don José Gregorio, quien emprendió la marcha, altivo, hacia el banquillo. Al pasar por la tercera calle real quiso mirar por última vez la casa de su propiedad, en donde dejaba sus más hondos afectos, y vislumbró en las sombras de un balcón a su esposa y a sus hijos que, vestidos de riguroso luto y arrodillados, esperaban la bendición del mártir. Las lágrimas rodaron por las mejillas de don José Gregorio, detuvo el paso, y levantando la mano derecha, bendijo a aquella santa mujer y a esos niños inocentes, tal como momentos antes, en el patio del Colegio, lo había hecho con él su padre. Pocos minutos después, las descargas de fusil anunciaron el fin de sus padecimientos.

Aquí murieron Custodio García Rovira, el estudiante, y el doctor José Gabriel Peña, Gobernador de varias provincias, y muchos más, cuyos nombres se grabaron en mármol. Para todos ellos tengamos el homenaje de nuestra admiración.

EN LA QUINTA DE BOLIVAR

(6 DE AGOSTO DE 1926)

Señores miembros de la Sociedad de Embellecimiento, señores miembros de las Juntas de Mejoras de los barrios, señoras:

BAJO los mismos aleros que hace un siglo dieran sombra bienhechora al Padre de la Patria, en sus descansos momentáneos del recio batallar y fatigado de los soles que alumbraran con reverberaciones de fuego las llanuras de Carabobo y la meseta de Junín, nos congregamos hoy a celebrar un nuevo aniversario de la fundación de la ciudad egregia. A la pompa solemne del hecho que conmemoramos, con proyecciones por su magnitud de fábula y leyenda, se agrega la majestuosa actitud histórica del sitio en que nos reunimos.

En estos días de triunfos republicanos y de remembranzas coloniales, se confunden las heroicidades de nuestros hombres, y forman un solo eslabón en la cadena de la Gloria las hazañas del soldado español que conquistara tierras a nombre de su Rey, y las proezas del criollo que libertara territorios amparado por la diosa de la República. El eco de las arengas del 20 de julio de 1810 se aviva con el clarín sonoro de Pantano de Vargas y Boyacá y hace un himno de alabanza al brazo fuerte del fundador de Tunja y a la constancia de los que en la valerosa Mompox proclamaran su independencia. Estas dos ciudades, cuyos magnos recuerdos también celebramos hoy, aumentan el regocijo de los que tributamos honores al natalicio de la villa madre, capital de Colombia.

Desde esta altura adivinó el Conquistador, en una mañana de agosto, el poderoso imperio chibcha cuyo dominio dis-

putaba; divisó en occidente los agrestes picachos que custodiaran el cercado del Zipa; vio, como guía temerario y audaz para futuras empresas, la blanca cabeza del Tolima que por encima de las cordilleras miraba atónito lo que sucedía en las regiones antes tranquilas del indio. Sobre esta cima el Padre de la Patria, en un suave crepúsculo de verano, en la somnolencia del desengaño y del dolor, recibió el saludo marcial de sus ejércitos victoriosos y vislumbró, en lejanías de apoteosis, las naciones que él creara y las comarcas que su corcel de guerra recorriera. Quesada el Fundador y Bolívar el Libertador, al través del tiempo se confunden en su grandeza y en su fe; unidos por las mismas penalidades, persiguiendo ambos el mismo ideal en la lucha, forman los dos un conjunto digno del mejor canto de la lírica.

El 6 de agosto de 1538, día de la Transfiguración del Señor, a las primeras luces del alba, reunió Quesada a sus soldados apenas convalécientes de la fatiga de un viaje homérico, y apeándose de su caballo «dijo en alta voz que tomaba posesión formal de estas tierras para que fuesen dominio del Emperador Carlos V, en cuyo nombre fundaba la villa de Santafé de Bogotá. Luégo desenvainó la espada, dio con ella tres cuchilladas en el suelo, montó a caballo y retó a singular combate a cualquiera que contradijese el acto de la fundación de la nueva villa, que protestó sostener hasta con su vida, y ordenó que se extendiese instrumento público por ante el Escribano del ejército». Esto sucedía en el lugar en donde hoy y para siempre se levanta el bronce triunfador de Tenerani. Esa estatua, en el mismo sitio en donde se fundara la villa, es un símbolo que debe respetarse, ya que Bolívar, con su espada también desnuda, toma en su actitud nueva y perpetua posesión de las tierras libertadas, en el corazón y cerebro de todas ellas, en el santuario de Colombia, en la ciudad gloriosa creada por el Adelantado granadino.

Inmediatamente después de la fundación se dijo la primera misa en el área que ocupa ahora la Catedral primada.

Ofició fray Domingo de las Casas, émulo en caridad y en dulzura de aquel otro de su nombre que defendiera la raza indígena de los desmanes de los Conquistadores. Una cruz clavada en tierra hizo nacer la religión de Cristo en el Nuevo Reino y el incienso del santo sacrificio subió a las alturas a decir a Dios que una ciudad acababa de ser fundada para gloria de su doctrina y prez y honor de la estirpe castellana.

Esa ciudad, principiada con doce bohíos, es hoy populosa, y grande, y rica. Su nombre es ya conocido y respetado por los pueblos del orbe, y su historia no es extraña a la mayoría de las gentes. En esta labor de cultura y de progreso tiene puesto principal la benemérita Sociedad de Embellecimiento, cuyos esfuerzos por el bién común, apoyados con entusiasmo por las Juntas de mejoras de los barrios, dan resultados verdaderamente sorprendentes en el desarrollo de idénticas aspiraciones. Estas entidades, formadas por patriotas amantes del terruño y deseosos de verlo prosperar, no agotan anhelos ni dejan de concebir planes para su engrandecimiento material. Hoy nos reunimos en núcleo vigoroso, y así sucederá todos los años en esta misma fecha, para afianzar nuestros ideales en una misma comunidad de intereses y para fortalecer los ánimos muchas veces desengañados por la incomprensión o la indiferencia. La ciudad está en pleno desarrollo. Tenemos un programa inagotable: agua, luz, calles, árboles y flores; pavimentos y alcantarillas; protección a la infancia y edificios escolares; museos y bibliotecas; moralidad e higiene. Sigamos adelante en nuestra noble empresa. Insistamos diariamente en las necesidades de la capital ante las autoridades gubernamentales y alentemos en los particulares el espíritu público y el deseo de adelanto y bienestar. Muchas son las mejoras que pueden llevarse a término por la iniciativa individual, sin necesidad de extrañas ayudas ni de dineros del erario colectivo. Que cada uno de nosotros forme el propósito de hacer durante el año una obra buena en favor de la ciudad, obra exclusivamente nuestra,

que nos enorgullezca en lo más íntimo del patriotismo y satisfaga el deseo que todos llevamos dentro del alma de prosperar y hacer el bien. Sembrar un árbol, cuidar un prado, amparar un niño, son funciones de vida que principalmente corresponden a las unidades de la especie humana. La educación cívica del ciudadano se forma, más que en las escuelas del Estado, en el buen ejemplo y en el mejor consejo.

Bogotá necesita un cambio fundamental en su régimen administrativo. La capital de la República no puede seguir viviendo con el mismo sistema rentístico de hace un siglo, cuando era pequeña materialmente, aunque enorme en sus triunfos y en sus hombres, con capacidades para dar albergue a la más brillante pléyade de libertadores. Su historia es la historia de toda la antigua Gran Colombia y sus recuerdos llevan la alegría o el dolor al corazón de todos los hijos de América. La excelsitud de su vida, el desinterés de sus actos, obligan a mejorarla embelleciéndola. No es posible que estén abandonadas las calles que en 1816 recorreran en su camino hacia el patíbulo Camilo Torres y Francisco José de Caldas, Lozano y Frutos Joaquín Gutiérrez, ya que ellos, y mil más, las santificaron con sus plantas y las regaron con las lágrimas de las postreras despedidas. No es posible que las plazas que antaño sintieran el rodar de los cañones de la independencia y el rastrillar de las espuelas de los héroes, estén casi olvidadas del progreso. No es posible que sea causa de rubor el sitio en donde se fundara la ciudad, en donde se amotinara el pueblo a escuchar el verbo de la Revolución, en donde se reunieran los ejércitos libertadores después de la victoria definitiva, en donde custodia la República la estatua sin igual del Padre de la Patria.

Señores:

Inaugura hoy la Sociedad de Embellecimiento, secundada en su feliz iniciativa por la Junta de festejos de la Academia Nacional de Historia y la comisión conservadora de esta

quinta, una exposición de objetos históricos y un retrato de Bolívar que nos legara el pincel patriota del abanderado de Nariño. Los salones de esta mansión sagrada vuelven a vivir las épocas de glorificación bajo las miradas del Genio. Los muebles de antaño listos están para el descanso de las crinolinas y para apagar en sus damascos rojos las risas de las libertadoras. Bajo los sillones de patas leonescas y enchapados de plata asoman las zapatillas de raso de las mujeres y las botas relucientes de los generales. Los espejos de finos marcos florentinos rompen en sus prismas la luz de las arañas de cristal, y las pesadas cortinas de brillante terciopelo caen sobre los pisos y consolas. En los corredores parece escucharse la animada conversación de oficiales y civiles. En los jardines, bajo los alcaparros, cuchichean las parejas. En la glorieta, protegida de los vientos del oriente por espeso bosque de pinares, una guitarra desgrana bambucos y boleros. El agua del antiguo Vicachá riega senderos cristalinos por entre los prados, y las aves recogen sus plumajes ante el esplendor de los brocados de oro. De la ciudad suben los ruidos de la guerra. De la ermita de Monserrate descienden tenues repiqueteos de paz. La casa está lista. Envuelto en un aleteo de gloria entra el Libertador.

Llega el Héroe a su antigua mansión cien años después de su salida. Los soles de la ingratitud quemaron su frente altiva, en la cual se miraran en éxtasis de admiración las generaciones de todo el Continente. En sus ojos quedan los desengaños de septiembre y el fugaz relampagueo de nobles ambiciones. Su pecho, fiel guardián de los amores que un día aquí cultivara, parece palpar con fuerza impulsado por el dolor del recuerdo. Sus labios, temblorosos de emociones, se abren y nos dicen: «Bienvenidos seáis a vuestra casa! Mi espíritu os acompaña y mi sombra os protege! Seguid vuestra labor de progreso, que ella hará poderosa a la antigua capital de mis Repúblicas!»

EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

CONMEMORACIÓN DEL ONOMÁSTICO DEL LIBERTADOR

(28 DE OCTUBRE DE 1926)

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro de Instrucción y Salubridad Públicas, señores académicos, señoras, señores:

C ELEBRAN hoy las democracias del Nuevo Mundo, especialmente aquellas más próximas a la línea de los trópicos, el onomástico del héroe supremo en los anales de la independencia. Al correr de los tiempos, bajo la mirada muchas veces secular de generaciones inquietas, los varones ilustres de Plutarco opacan su conjunto ante el avance triunfador del genio sin igual. Parece que la vida, en sus vértigos de grandeza y heroísmo, en su largo desarrollo desde épocas pretéritas hasta los días de ahora, hubiera concretado en el hijo de América, nacido en Caracas, todo lo sublime que guardan sus fastos. Es un desfile majestuoso de hombres, ceñidas sus frentes con la corona de la inmortalidad, en las manos vibrantes aceros que en su fortaleza parecen fundidos en las mismas fraguas de Vulcano, sobre sus cabezas, en luminoso haz, las conquistas de Alejandro y las glorias del Cid Campeador. Pasan los héroes de todas las edades; pasan los letrados del Renacimiento y los mejores caudillos del siglo de Luis XIV, y todos, el macedonio y el hispano, el occidental y el galo, se unen para ofrecer sus más frescos laureles, en homenaje de admiración y en el deseo de ver la bondad de sus hechos continuada, al que un día llamaron los pueblos padre de Colombia y Libertador del Continente.

Es una gesta de glorificación digna de los lejanos años

medieavales, cuando la robustez del brazo del hidalgo tomaba suavidades de seda para ofrecer a una dama las voluptuosidades de un triunfo, o vibraba en el azul de sus venas y parecía romper la tensión de sus nervios en el torneo caballeresco y en las justas del valor y la constancia. Inicióse ella en noble casa caraqueña, en un día de julio de 1783. Sobre el rudo portalón de la morada, en piedra granítica, el escudo de los Bolívar de Vizcaya protege el abuelo de la familia; las banderas de la revolución y las insignias de la república ondearon sobre sus panelas y cuarteles, que habían desalojado la antigua piedra de molino, y el cóndor de los Andes, después de Ayacucho, fue a posarse sobre su yelmo en la actitud inmóvil de la eternidad. Los dos blasones, el de la patria y el de la estirpe, mezclaron el heroísmo de su sangre, confundieron las glorias de la aristocracia con los triunfos de la magna epopeya, y surgió de ellos, envuelto en el tricolor de tres naciones, el gorro frigio de la libertad.

A la sombra de tan alto emblema nació Simón Bolívar. La tierra americana, que llevaba en sus entrañas los mismos presentimientos y los mismos dolores de la mujer excelsa que acababa de dar al mundo un genio, vibró y se conmovió en lo más hondo de su sér al sentir sobre sus lomos el peso abrumador de un chiquillo portentoso. Los más altos picos de la cordillera andina levantaron al cielo oriflamas de fuego y humo, como faros de entusiasmo en la suave quietud del vivir colonial; el grito del Tequendama en el Norte y del Iguazú en el Sur, mucho más intenso en aquel momento, dijo a los pueblos que acababa de iniciarse una nueva era en su historia política; el mar de Atlante encrespó sus olas y en un arranque formidable, entre espumas que semejabán la blanda cuna de un Centauro, llevó el primer lamento del recién nacido hasta las playas españolas, que se estremecieron en un presagio de futuros cataclismos. A las heroicas costas de Palos de Moguer llegó el eco de este nuevo grito, glorioso también por ser un triunfo de la

raza, así como tres centurias antes llegaba hasta sus dársenas, entre marejadas de duda, la prolongación de la victoria definitiva consagrada por el Almirante de Castilla en la bronca voz de Rodrigo de Triana.

Creció el niño arrullado por los vientos del Avila, que le murmuraban al oído el bien de ser libres. Hasta él llegaron, aún confusos por la misma incertidumbre de los fines perseguidos, los ruidos guerreros de los comuneros de Mérida y del Socorro, cual santa iniciación para la gigantesca empresa que pondría su nombre más allá de la historia y más allá de los tiempos. Los precursores orientaron su cerebro hacia los enciclopedistas franceses, fanales del saber en el progreso humano, así como su madre inculcó en su alma las más altas nociones de hidalguía y de verdad, modelando su carácter con el ejemplo de los viejos ascendientes vascos. El noble hogar caraqueño fue para el adolescente inmejorable escuela de valor, de saber y de virtud. En los amplios salones tapizados de damasco rojo, los retratos de los antepasados pugnan por salirse de sus jubones y gorgueras; forcejean entre las durezas de recias armaduras en las que se adivinan huellas de ataques y de luchas; sonríen a la casta al través de negros bigotes borgoñones. Las damas, aprisionada la esbeltez de sus cuerpos en quitrines y crinolinas, adelantan el pie cubierto con diminuta zapatilla en la actitud propicia a las cadencias del minué. Sus rostros, finos y pálidos, fueron un día acariciados por las brisas marinas del Cantábrico y recibieron el soplo helado de los vientos de las sierras. Sus ojos se durmieron en la apacible lejanía de crepúsculos de oro y grana, y sus manos, blancas y transparentes, exageradamente alargadas por el pincel de algún discípulo del Greco, parecen hechas para acariciar rosas madrileñas y olorosos jazmines de Sevilla. Enmarcados en gruesas molduras de ébano y caoba, con incrustaciones de jaspeado carey, esos hidalgos y esas infanzonas hablan al visitante de las lejanas épocas españolas, cuando los de su sangre fundaban en la primitiva Vizcaya, defen-

dida de los embates del mar siempre allí bravío por rocas y pinares, el modesto caserío que se llamara la puebla de Bolívar. Gentes de pesca, tostadas sus pieles por las aguas salobres, acostumbradas sus recias manos a dominar tormentas y apaciguar borrascas, esos hombres, en el correr silencioso de los siglos, preparaban la raza para que ella fuera robusta y firme el día de la culminación de sus esfuerzos en el nacimiento del Libertador de América.

Fue el noble hogar escuela de saber y de virtud. Sobre las mesas de finos dibujos dorados descansan numerosos pergaminos, en cuyos lomos se leen los mejores nombres de la literatura peninsular. Aquí el padre Mariana en magnífico ejemplar ilustrado; allá Calderón, y Lope, y Santa Teresa; allí, en una repisa que se oculta en un rincón rodeada de miniaturas de marfil, la obra mística de los dos Luises confundida con libros franceses de Molière y de Racine. Sobre el viejo clavicordio, en cuyas teclas posara sus dedos la madre del héroe en éxtasis glorioso de clarines y atambores, descansa, con la confianza propia de un dueño de casa, un ejemplar del Quijote en el ropaje tipográfico que en 1608 le diera el editor Juan de la Cuesta. La creación de Cervantes, en ese sitio, es un símbolo del sér que un día saldrá de allí para recorrer triunfante cinco naciones libres por su espada; que subirá al Chimborazo en el vértigo de la victoria, envuelto en aleteos de inmortalidad, y tenderá el iris de Colombia desde las márgenes del Orinoco hasta las riberas del Plata, en un estrecho lazo de unión y fraternidad.

En los anchos corredores de la mansión hay panoplias y banderas. Templada en puro acero toledano la daga del conquistador Simón Bolívar, el viejo, cuelga de la pared cubierta de trofeos, y en su brillo parece sonreír al niño que la contempla con avidez de guerrero. Hay enseñas españolas con escudos ricamente bordados; en sus colores, amarillo y rojo, que pasearon la grandeza de la monarquía por todo el azul del cielo americano, se adivina ya la transición hacia el amado pabellón que

un día, en alta mar, sobre el palo más alto del *Leandro*, izara Miranda en una feliz concepción de su patriotismo.

En el huerto, bajo los almendros en flor, la matrona de ese hogar hila su rueca de finísima lana. Es una joven que no llega a los treinta años; sus ojos son negros y suaves; su tez tiene la pálida blancura de los lirios agostados por el cierzo; su cuerpo, delgado y airoso, ha sido ya cuatro veces santuario de la maternidad. El hilo gira y se alarga impulsado por los ágiles dedos; a veces parece romperse en la rapidez del movimiento; otras tiembla al rozarse contra el albo vellón. La hilandera detiene su rueca; en los párpados brilla una lágrima; sobre su cabeza caen las flores de almendro. Es que en sus sueños de mujer predestinada ha visto toda la gloria de uno de sus hijos y toda la ingratitud de muchos seres. ¡Sueña, madre excelsa, porque la realidad será más grande que las ilusiones de tu mente!

En ese ambiente se deslizaron los primeros años del Libertador de América. El 28 de octubre, día de san Simón, la familia se reunía a celebrar el santo del pequeñuelo. Desde temprano se oía misa en la vieja iglesia consagrada al misterio de la Santísima Trinidad, de la cual eran los Bolívar patronos y protectores. Las campanas sonaban más alegres esa mañana, fuertemente impulsadas por las manos de los chicuelos del barrio, que veían a su pequeño amo, vestido de blanco, guiado por su pariente el canónigo Jerez de Aristeiguieta, cruzar la plaza de san Jacinto y llegar al antiguo retablo de columnas de oro en donde recibía la santa comunión de las manos de un sacerdote amigo. El sol se entraba curioso por las altas ojivas del templo y dejaba sobre la frente del niño sugestivos claroscuros.

Después de cumplidos los deberes para con Dios, todos se reúnen en los salones de la casa solariega. Los padres besan al festejado que se impacienta por poner en orden de batalla unos soldados de plomo, obsequio de una de sus primas, bella y traviesa, alegre como la más alegre caraque-

ña, la misma que hará desear al padre de la Patria, cuando muera, detenerse en el purgatorio para ver una vez más y oír de nuevo la cristalina voz de ese inquieto ejemplar de mujer americana.

La servidumbre cruza afanosa los limpios corredores llevando grandes bandejas de plata martillada. Se brindan horchatas de anís y miel, buñuelos envueltos en purísimo almíbar, panecillos de queso enviados por las monjas clarisas. La chiquillería grita y aplaude; las personas grandes comentan ciertos rumores revolucionarios que vienen de la Guaira y de Macuto. El viejo clavicordio despierta golpeado por los frágiles dedos de María Antonia, acompañada en la guitarra por la madre. Se cantan bambucos aprendidos a las esclavas de san Mateo que este día han mandado para la casa los más perfumados jazmines de sus huertos. En el jardín, todo florecido, Simón Bolívar juega a la guerra con sus amiguitos de las torres de San Jacinto y de la Trinidad. Hay generales, y coroneles, y soldados rasos. Hay hombres que se creen libres y hay prisioneros que suspiran por la libertad. Es una pequeña lucha entre esclavos y libertadores.

Pasan los años, mueren los padres, y Bolívar es enviado a España. Su alcurnia lo lleva hasta las intimidades de la corte, protegido por la reina María Luisa. De aventura en aventura recorre los principales países de Europa. En Francia ve de cerca al primer cónsul y admira la obra de restauración social que principia a levantarse sobre los sangrientos cimientos de la anarquía. En Italia, bajo los cielos azules que guardan el sepulcro de Virgilio, una amiga de Manzoni trata de interponerse en su camino y ganar su corazón. Mas el destino hace que Bolívar vuelva a Madrid a casarse con su parienta la hija de los marqueses de Inicío y Alaiza. Mujer feliz, que gozó poco de su dicha, y que ignoró toda la carrera triunfal de su esposo al través de un continente. Su sombra veneranda protegió la vida del héroe en el Rincón de los Toros y en la conspiración de septiembre, inculcando toda la gradeza de su alma y toda la agilidad de su es-

piritu en otra mujer, de nociones morales absolutamente opuestas, identificadas las dos por un bello sacrificio de amor. El recuerdo y la inspiración de María Teresa del Toro se vislumbran en toda la obra de Bolívar. Sobre las frías soledades de Pisva y Novagote, su alma flota en la neblina y da aliento al soldado moribundo que lleva el triunfo de la república en la punta de su lanza. En la altura solitaria y bravia; cuando el viento sopla en rachas cortantes y hace ulular las rocas calcinadas; en medio del rayo que alumbra cuerpos desnudos y hambreados; dominando el dantesco cuadro de un puñado de hombres que sobre los Andes se aproximan a Dios, ella, envuelto su espíritu en banderas de esperanza, muestra a Bolívar en lejanías de gloria los campos de Boyacá y las estepas dominadoras de Carabobo y de Junín. Su recuerdo se adivina en los días del triunfo, cuando las dianas de Ayacucho dicen a Colombia que ha terminado aquella empresa de gigantes. Y al aproximarse el 17 de diciembre de 1830, cuando el buho del dolor anuncia desde los tamarindos de san Pedro la trágica hora, ella, la dulce inspiradora de una vida homérica, sugiere la postrera despedida: «¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

Señores académicos:

Habéis querido, en vuestra acostumbrada bondad para conmigo, encargarme el discurso de reglamento en esta junta pública que conmemora el onomástico del Libertador. He cumplido vuestro mandato, no con el brillo que me impone mi deseo ni con la erudición a que obliga el título académico, mas sí con el entusiasmo que me inspiran las glorias del Padre de la Patria.

En este Salón de Grados, hoy recinto de la Academia Nacional de Historia, flota toda la vida del héroe. Sus muros aún vibran con las voces de triunfo de los libertadores, y en su ambiente todavía ondean las banderas de la epopeya. Yo

recojo la sombra de esos trofeos y el eco de aquellos gritos, y los ofrezco a vosotros en homenaje al Instituto. Para mí he dejado el palpitar de aquel corazón, grande como la tierra americana que él amara tanto, de fuego como los volcanes a cuya cima se asomara su alma en busca de la gloria, y os lo he traído con la fe del creyente, de pie ante el templo de la Historia colombiana.

EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

RECEPCIÓN COMO ACADEMICO DE NÚMERO DEL DOCTOR
EDUARDO ZULETA

(21 DE MARZO DE 1927)

Excelentísimo señor Presidente de la República, señores Académicos, señoras, señores:

A querido el Instituto, en el amplio deseo de ver la labor historial de sus socios formar una trayectoria de saber, luminosa y fecunda, que sea el doctor Eduardo Zuleta quien ocupe el sillón de número que quedó vacante por la muerte del doctor José Manuel Goenaga. Acierto meritísimo, digno de alto aplauso, que une en recio eslabón de cultura y de talento la obra magnífica, de relieves grandes y fuertes, del académico desaparecido, y el esfuerzo admirable en pro de la historia nacional del escritor que hoy recibimos con satisfacción y orgullo. Si al estrecho vínculo de amistad que forman el pasado y el presente, representados aquí en un recuerdo doloroso para quien se fue del mundo y un saludo para el que llega siguiendo la sonoridad de sus huellas, quiere ofrecerse una sombra que haga resaltar aquellos merecimientos, es ella la palabra de quien hoy hace el elogio, por encargo honrosísimo de mis distinguidos colegas, del nuevo miembro de la Academia Nacional de Historia.

Especialmente amable es para mí el desempeño de este mandato. Me fue familiar, desde pequeño, el nombre del señor doctor Zuleta, y desde entonces supe de sus capacidades y de su caballerosidad. En las tranquilas veladas del hogar, cuando el sol sabanero pone coronas de oro y fuego

sobre la blanca cabeza del nevado del Tolima, en los suaves atardeceres del campo impregnados de melancolía y de confidencias, oí referir a mi padre su amistad con nuestro consocio.

Fue en las postrimerías del siglo XIX. El país ardía envuelto en las llamaradas de una guerra civil. El clarín del combate rompía la fortaleza de su grito sobre las llanuras manchadas de sangre, y las banderas de la patria se rasgaban al viento en elocuente protesta ante la muerte. Lucha absurda e inútil, de proyecciones que sugerían la locura de las mentes y de los corazones, a ella fueron todos, con sus ideales en alto, en el pecho la aspiración al triunfo. Y a ella llegaron los dos amigos.

Iban como soldados y como médicos, con el fusil al brazo, que en lo más rudo de la lucha se trocó en la espada de oficial, en sus morriones todo el bagaje de jóvenes galeños ansiosos de hacer el bien. Así recorrieron media República, a veces bajo el sol de los trópicos que quemaba sus frentes, otras azotados sus rostros por la escarcha de las alturas solitarias y tétricas; en los campos de sangre ellos curaron las heridas del vencido y cerraron los ojos de los que dejaban su aliento sobre la inclemencia de la tierra; llevaron agua pura a labios sedientos y refrescaron los delirios de la fiebre y de la desesperación. En sus brazos murieron soldados y jefes y sus oídos recibieron las últimas despedidas, para lejanos cariños, de moribundos enloquecidos por la fatalidad. Días de inquietud y de zozobra; largas vigiliias en medio al dolor y a la desgracia; horas interminables bajo lluvias intensas, sin protección ni abrigo. El compañero que cae fulminado por la bala certera; las dianas anunciadoras de la victoria o los toques de corneta presagiadores de la derrota, todo aquel terrible cuadro fue la consagración de una carrera profesional principiada en plena juventud.

En ese crisol de destrucción y ruinas se modeló el carácter del señor doctor Zuleta. El dolor lo hizo benévolo y la

experiencia lo formó austeró. En su corazón germinó desde entonces la semilla potente de su hidalguía, que es noble presea de todas sus acciones. Su cerebro, antes que en los libros, aprendió la sabiduría en las páginas inquietas de la vida, que le brindaban una filosofía amarga y una ciencia casi inútil ante el avance de la barbarie y de la indiferencia.

Nació el doctor Zuleta en territorio del Departamento de Antioquia. Descendiente de conquistadores, de ellos heredó la fortaleza de su brazo y la constancia en sus empresas. Su raza creció bajo el amparo de montañas milenarias, en las cuales veía el colono toda la grandeza del Dios de sus mayores. Su sangre fue inquieta como los torrentes de sus riscos, con el impetu de las borrascas de sus selvas y con la violencia de una naturaleza poderosa. De esa tierra, verdadero orgullo de Colombia por su ejemplo de pueblo laborioso y emprendedor, fue nuestro académico un nuevo ejemplar de selección.

Inició él sus estudios en la Universidad de Medellín y los terminó en la Facultad de Medicina del Estado Soberano de Cundinamarca. En los Estados Unidos de Norte América perfeccionó sus conocimientos científicos y adquirió un mayor caudal de saber que lo colocó en primera línea entre sus colegas profesionales. Dedicado al profesorado, rigió con acierto universidades y altas escuelas oficiales. Como buen colombiano, fue político; en el congreso nacional dejó memoria de hombre culto y de orador elocuente, habilísimo polemista, conocedor a fondo de las necesidades nacionales.

Sin embargo, no fue ese el campo que atrajo las mejores simpatías del señor doctor Zuleta. Su educación lo llevó hacia la literatura y la historia, en donde su espíritu encontraba amplísimos horizontes y terrenos propicios a recibir la simiente de su pluma. Hasta hoy, esas han sido sus preferencias intelectuales. A ellas llegó, no con las vacilaciones del temor de errar, sino con el seguro paso del que preparó la vía para transitarla holgadamente, dejando el eco de su pisada quebrarse en lejanías que sólo él vislumbraba.

Como literato, ahí tenéis su novela *Tierra Virgen* y sus estudios sobre Cervantes y el Quijote. La primera, publicada hace ya bastantes años, tiene por tesis la vida de los mineros antioqueños. Con un tema absolutamente regional hizo el autor un asunto de honda psicología y de acertado análisis. La lucha de razas se plantea allí con todos sus caracteres de ferocidad implacable, llevándose el peor puesto por su corrupción y ruindades: la de origen caucásico. Los negros tienen en la obra que describimos un campo de armijo para mostrar sus virtudes y sufrimientos; son las víctimas indefensas del blanco insaciable, que busca el oro y para obtenerlo mata despiadadamente.... La novela tiene, sin duda, tintes exagerados que hoy se destacan aún más que en la época de su aparición, debido al progreso del país, especialmente en aquellas regiones de vida patriarcal, cuyas costumbres tienen por guía el espíritu cristiano. El libro fue discutido, atacado con rudeza, pero de él quedó sobre la trascendencia de su doctrina y el hábito de caridad que lo satura, un puñado de páginas bellamente escritas, de minuciosa pulcritud y lenguaje de purísima dicción.

La Real Academia Española de la Lengua, a propuesta de los señores José María de Pereda, Benito Pérez Galdós y Marcelino Menéndez Pelayo, nombró al doctor Zuleta su miembro correspondiente; esos tres nombres son una completa consagración en el campo de las letras.

Luégo la Academia Colombiana de la Lengua lo llamó a su seno en la calidad de miembro de número, tal como la Nacional de Historia lo trae hoy al suyo en reconocimiento a sus méritos en la ciencia de Clfo. Como historiador, frescas deben estar en nuestra memoria sus admirables disertaciones sobre Pedro Justo Berrío y don José Manuel Restrepo; sus estudios sobre la esclavitud en Antioquia y la fundación de Medellín; sus conceptos sobre el poblador de Popayán y la raíz genealógica de muchos nombres de la tierra de Robledo. Ultimamente ha llamado la atención de los eru-

ditos con sus escritos sobre los diversos orígenes del pueblo antioqueño, tema asaz interesante y escabroso por sus conexiones con la dominación judía, y que el autor ha tratado con una perspicacia merecedora de un triunfo resonante.

Todo el continente americano se ha considerado por numerosos escritores habitado por la raza judía. Antes del descubrimiento, dice el padre García en su *Historia de santo Domingo*, los indios que vivían en estas comarcas eran descendientes de los hebreos. Manassé ben Israel refiere en uno de sus libros cosa semejante, y atribuye al célebre Antonio Montesinos, cuya vida tiene nexos íntimos y extraños con la historia del Nuevo Reino de Granada, la noticia de que la provincia de Antioquia fue poblada por una tribu de judíos. Existen razones de peso en favor de esta tesis, y todas ellas las ha analizado el señor doctor Zuleta con elevado espíritu de investigador, sin arredrarse ante la crítica de algunos opositores que han llevado su ataque a terrenos poco serios, arrojados por el sarcasmo y la mofa. El semitismo antioqueño es problema histórico que al resolverse dará mucha luz sobre la conducta pública y privada de aquel gran pueblo, ligado indudablemente con el hebreo por similitud de costumbres y aberraciones indiscutibles.

Ha sido también nuestro académico un distinguido diplomático. En Francia, desde el puesto de primer secretario de la legación de Colombia, dijo a aquella nación cuántas son nuestras simpatías por ella y cómo en la inmortalidad de su historia bebemos diariamente el jugo de su ciencia y de sus artes. En la madre patria representó al país con el brillo que imponen las glorias comunes y los lazos de sangre que nos ligan. En Venezuela será, como su ilustre antecesor, un vivo y constante homenaje de la República a los manes del Libertador. Feliz de él, que habitará bajo el mismo cielo que un día intensificara su azul para cubrir una cuna gloriosa; que respirará los mismos aires que azotaron las banderas del triunfo después de San Mateo y vibraron en los viejos cam-

panarios de Caracas anunciando a los pueblos la victoria de Carabobo; mil veces feliz quien, como él, llevará a la casa de Bolívar un gajo de laurel para la gloria y una lágrima para la tierra que guarda sus despojos.

Señor doctor Zuleta;

En nombre de la Academia nacional de Historia, os doy la bienvenida.

EN LA QUINTA DE BOLIVAR

DÉCIMO ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD
DE EMBELLECIMIENTO

(31 DE MARZO DE 1927).

Señores:

NOS congregamos hoy en este recinto, protegidos por la sombra del Libertador, cuyo recuerdo flota en todas las palpitaciones del ambiente, a celebrar el décimo aniversario de la fundación de la Sociedad de Embellecimiento. El Padre de la Patria se regocija con nuestra llegada; aplaude nuestra labor constante y silenciosa y abre las puertas de su antigua mansión para recibirnos y agasajarnos. Somos ya triunfadores de un ideal: hemos vencido en la lucha contra la indiferencia colectiva; los prejuicios raciales han cedido el campo al progreso, y sobre las ruinas de un pasado remoto culmina en pedestal de gloria la creación cultural del bienestar ciudadano. En nuestros corazones ha germinado robusta la simiente que, humedecida en sangre generosa, un día sembraran los fundadores de la república; en las mentes hay ideas de renovación y severos propósitos de adelanto y prosperidad.

Este sitio, sagrado por las memorias que en él se conservan, glorioso por ser urna del patriotismo y santuario de todo lo grande que tiene nuestra historia, guarda para las almas colombianas, perenne y firme, solemne y austera, la imagen del héroe que subió a lo más alto de los Andes en alas de la victoria; robó a los nidos del cóndor el aguilucho que, convertido en ave potente, es símbolo de nuestro escudo, y

lo colocó, en nicho de inmortalidad, sobre la obra del conquistador. Aquí aún ondean las banderas del triunfo; los vientos nos traen el piafar de los caballos de la revolución y el sonoro grito de los clarines de la guerra; vibran todavía en el aire las proclamas vencedoras engrandecidas por las concepciones del genio. En esta colina un día se irguió en actitud de guerrero el Padre de la Patria y vio en horizontes de púrpura toda la historia de Colombia, escrita con los resplandores de su acero sobre el pergamino inmenso de la tierra americana.

Bajo estos árboles casi centenarios descansó Bolívar de las rudas fatigas de la lucha y soñó desgranar sobre la ciudad fecunda las granadas en sazón de su emblema heráldico. En el pueblo amado, fiel guardador de éxitos y decepciones, caían los rojos granos, cual lluvia de fuego que todo lo purifica, destruyendo los viejos murallones del olvido y dando vida a escondidos anhelos de bonanza y felicidad. A sus pies vio el héroe la obra grandiosa de Quesada, que le rendía el apacible homenaje de su silencio. Sus calles estaban desiertas; sobre sus torres revoloteaban blancas palomas que rompían en sus aleteos el tosco sonido de los bronces; la bandera tricolor ondeaba, dominando aquella quietud, y en sus pliegues recogía la mirada luminosa del hombre que aquí soñaba.

Santafé! Dulce refugio de la hidalguía castellana y del honor de la raza. Sus callejuelas tienen todo el misterio de las aventuras galantes, en medio al chocar de espadas toledanas o al amparo de tristes dejos de guitarra. Por ellas cruzan embozados en sus capas, en la negrura nocturna, raptos y embozados, y en sus ventanas asoman, entre geranios, los rostros picarescos de la Marichuela y de María Teresa de Orgaz. Tiempos de frailes y caballeros, de virreyes y de oidores, rebosantes de leyenda, en los cuales la vida se deslizaba con la suavidad de las aguas tranquilas y tenía en el correr de las horas el feliz encanto de lo sencillo y el atrayente motivo de un secreto. Epoca fue aquella de torneos caballeres-

cos y brillantes lances de amor, aprestigiados por el torvo mirar de dueñas complacientes. Damas de empolvadas pelucas que pasean su prestigio por la plaza mayor o envueltas en airosa mantilla entran a la catedral a confesar sus culpas ante el oído benévolo del arzobispo virrey. Galanes con espada al cinto, de chambergo con vistosa pluma, que ocultan bajo el manto la escala que en la calma de la noche servirá para robar una pálida novicia prisionera tras las rejas del convento de clarisas.

Santafé! Amparo de la altivez española, consuelo de nobles ambiciones, blasón de la estirpe y de la sangre. Pasaron tus días y de tu gloria apenas queda el ejemplo de los hombres que te enaltecieron y el fiero orgullo de tu linaje caballeresco. Murió la luz que alumbrara tu vida, y con ella se fueron las sombras que hacían más grata tu estancia. Surgió entonces en medio de tus ruinas el águila negra con que te coronaran los monarcas de Castilla, y en aletazo formidable dispersó las cenizas del pasado y tendió el vuelo hacia este sitio, custodió venerable del recuerdo de cosas que ya no existen. Nació en ese instante la nueva ciudad.

Los escombros se reanimaron al soplo renovador del progreso, y principió la nueva fábrica, impulsada por el ejemplo de los libertadores que creaban naciones bajo el esfuerzo tenaz de sus ideales. Se la proclamó capital de la república en memorable sesión del congreso de Cúcuta y los gobiernos le dieron amplia legislación para su desarrollo y engrandecimiento. En ella cultivaron sus talentos los mejores hombres de la independencia y aprendieron a amar la patria las generaciones de la época del general Santander. Fueron pasando los años sobre la ciudad y con ellos vinieron nuevas necesidades y mayores aspiraciones. El espíritu público, que en los comienzos avivó la constancia de los primeros mandatarios, fue decayendo ahogado por mezquinas pasiones y por el cáncer roedor de la política.

Qué es el espíritu público? Es amor a las cosas que nos rodean, es cariño a la tierra en que nacimos, a la que guar-

dará nuestras cenizas cuando emprendamos el viaje del cual no se retorna; es simpatía hacia los sitios que recorrieron nuestros abuelos en alegres horas de sol y de dicha, o que santificaron los fundadores de la nacionalidad con su andar de patricios o con su sangre inmortal. Es un invencible anhelo de hacer el bien.

Bogotá! Melancólica ciudad de nuestros mayores, agobiada por el peso de tus glorias y olvidada de tus hijos, que antes te fatigaran con su esfuerzo. Tienes de otros tiempos el aspecto señorial que te diera el castellano y aún guardas en tus hombres debilitadas herencias del corazón de don Quijote. En tus casas ha quedado inconfundible el sello de la estirpe, que evoca tranquilos momentos coloniales, cuando el hidalgo levantaba en alto los gavilanes de su espada para mostrar el sol la pujanza de su brazo.

Bogotá! Conservas tu antiguo prestigio de honor y de nobleza, pero has descuidado el progreso que te encomendaran tus fundadores y al cual te obliga el abolengo de tu origen y el asombro de tu nombre. Eres la bella durmiente del patriotismo nacional, y de tu sueño debes despertar con los bríos de una alma joven lista para el triunfo. Una sombra veneranda que aquí reside desde hace un siglo, vigila tus acciones y llora como Boabdil la decadencia de su cetro y el olvido a sus procederes.

Despiértate, ciudad de Quesada, cuna de Nariño, tumba de Santander, relicario de la gloria del Libertador. En los aires se escucha, como feliz presagio de prósperos días, el eco sagrado del mandato bíblico: ¡Levántate y anda!

INDICE

	Páginas
EN EL CEMENTERIO.—Inauguración del monumento al doctor José Ignacio de Márquez (7 de agosto de 1912).....	7
EN EL TEATRO DE COLON.—Función de gala en honor de la Embajada británica (9 de agosto de 1918).....	10
EN EL TEATRO DE COLON.—Segundo centenario de la muerte de san Juan Bautista de la Salle y vigésimo quinto aniversario de la llegada de los Hermanos Cristianos a Bogotá (6 de julio de 1919).....	14
EN GUADALUPE.—Inauguración del primer kilómetro de carretera que de Bogotá conduce a la cima del cerro (19 de julio de 1919).....	19
EN EL CONSEJO MUNICIPAL DE TUNJA.—En representación de las Academias de Historia de Colombia y Venezuela y en nombre de la Municipalidad de Bogotá (7 de agosto de 1919).....	22
EN EL CEMENTERIO.—Entierro del doctor Julio Garavito (12 de marzo de 1920).....	26
EN LA ESTACION CENTRAL DEL FERROCARRIL DE LA SABANA.—Al entregar, en nombre de la Honorable Asamblea de Cundinamarca, una tarjeta de oro al Excelentísimo señor Marco Fidel Suárez, Presidente de Colombia (16 de abril de 1920).....	29
EN EL CONSEJO MUNICIPAL DE BOGOTA.—(20 de julio de 1920).....	31
EN EL GUN CLUB.—Banquete ofrecido por el Consejo Municipal de Bogotá al Alcalde don Ernesto S. de Santamaría (23 de noviembre de 1920).....	35
EN LA ESCUELA NORMAL CENTRAL DE INSTITUTORAS.—(30 de noviembre de 1923).....	39
EN EL PARQUE DE LOS MARTIRES.—A los excursionistas escolares (11 de octubre de 1925).....	44
EN LA QUINTA DE BOLIVAR.—(16 de agosto de 1926).....	48
EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.—Commemoración del onomástico del Libertador (28 de octubre de 1926).....	53
EN LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA.—Recepción como Académico de Número del doctor Eduardo Zuleta (21 de marzo de 1927).....	61
EN LA QUINTA DE BOLIVAR.—Décimo aniversario de la fundación de la Sociedad de Embellecimiento (31 de marzo de 1927).....	67